

R.40535

DISCURSOS

LEIDOS ANTE LA

REAL ACADEMIA ESPAÑOLA,

EN LA RECEPCION PÚBLICA

DEL EXCELENTÍSIMO SEÑOR

DON ANTONIO CÁNOVAS DEL CASTILLO,

el día 3 de Noviembre de 1867.



MADRID,

IMPRESA Y ESTEREOTIPIA DE M. RIVADENEYRA,
calle del Duque de Osuna, número 3.

1867



DISCURSO

DEL

EXCMO. SR. D. ANTONIO CÁNOVAS DEL CASTILLO.

SEÑORES:

Ocioso parece decir, dándolo tanto á entender la solemne ocasion en que estoy, cuál sea el sentimiento de que me hallo poseido en este punto. Premio sólo, en lo pasado, de tareas asiduas, cuando no de sazoados frutos, no se niega ya tampoco la posesion de estos escaños á aquel amor sincero, si no siempre correspondido, que, en medio de la turbacion de los tiempos, guardan algunos al arte de bien decir, que tanto ennoblece al hombre. De éstos soy yo, Señores, sin duda alguna; y si el deseo de emplear bien la hermosa habla heredada, que en mí despertára un maestro insigne (1), á quien han de echar de mé- nos por no corto espacio las letras patrias, bastase á merecer tal recompensa, no sería yo por ventura de los ménos dignos de alcanzarla. Mas ni tal amor ó deseo estéril, ni las conocidas ocupaciones que han llenado hasta aquí mis años, me brindan con excusas que traigan ahora la confianza á mi ánimo; porque este asiento mio lo

ha ocupado, por mi mal, ántes quien puso mano en los mayores asuntos de su época, sin que ellos le estorbasen para llegar aquí con indisputados merecimientos.—Soldado y poeta, historiador y hombre de estado; herido tal dia en un campo de batalla, y otro puesto á la cabeza del gobierno; ora proscrito bajo la monarquía absoluta, y ora de populares alteraciones amenazado, con todo eso, acertó á escribir el Duque de Rivas obras quizás inmortales.—No con todos, Señores, habian de mostrarse tan generosas la naturaleza y la fortuna. Avaras, por el contrario, la una como la otra conmigo, por fuerza he de reclamar hoy más que ordinaria indulgencia, ya que olvidar no deba este Cuerpo ilustre, ni áun por breve plazo, á quien sucedo; que sería el mejor camino para que llegase yo sin miedo desde el principio al término de mi empresa.

Pero no cabe en mí tampoco semejante pretension en este dia, supuesto que al tratar de la libertad en las artes, y más señaladamente en el de la palabra, que es lo que intento, he de traer yo mismo á la memoria la época en que el autor del *Moro Expósito* ganó su fama. Diéronse al tiempo mismo que las de este claro varon, á la estampa, muchas otras obras de no desigual mérito, cuyos autores me están al presente escuchando.—¿Y no basta con lo que digo, Señores, para que aquellos que fueron hermanos en gloria del Duque de Rivas algo adviertan que, á manera de impensado rayo de sol, hiere sus ojos, no á tan vivos resplandores de largo plazo á esta parte habituados? ¿No es cierto que las disputas y los cantos poéticos de entónces suenan ya como eco lejano en los oidos

del alma, y á todos por igual nos inundan la mente en imágenes embellecidas con las tintas agradables con que da color el recuerdo á las cosas que pasaron? Pues si los que abrimos el entendimiento á la reflexion, y á la belleza la fantasía, en el propio punto en que la escuela *romántica*, fruto y flor de la revolucion incruenta de que hago memoria, imperaba, hondas sensaciones al pensar en aquellas cosas experimentamos, ¡cuánto no lo serán al mismo tiempo las de los que pusieron en prosa ó verso á la sazón la primera savia de la naturaleza y el prístino entusiasmo del alma! Con todo eso, Señores, ya el tiempo que digo pertenece á la historia, como claramente á cada cual se lo dice, comparado con lo que hubo, la tibieza de lo que queda, y áun lo pregonan con más profunda elocuencia todavía las dolorosas ausencias que, hartos á su pesar, notan, no bien pasean con los ojos estos escaños, cuantos han tenido alguna familiaridad, en los treinta años últimos, con las letras patrias.— Ausente está el espíritu de entónces; ausentes con él, por ley fatal de la vida, bastantes de los que en obras insignes lo recogieron, diéronle forma, lo representaron y popularizaron; ausente está, con mayor evidencia todavía, de la sociedad, que rindiera por algun espacio á su imperio. Quiere esto decir, sin duda, que, como pasada cosa que es, ha sonado ya para el *romanticismo* la hora de la historia y de la crítica, que á cuanto nace y vive llega en el tiempo. No extrañéis, pues, que al tratar hoy un asunto por íntimo lazo unido con el origen y los hechos de aquella escuela, la juzgue de paso en mi discurso.

Juzgar digo, Señores, ántes del uso llevado que no de

la exactitud del concepto; que en pleitos de artes ó letras ardua empresa es la de dar fallos, no siendo corta fortuna el que no aspire á santa en ellos la *cosa juzgada*. Bien que sea comun ahora la pretension, que ni al vulgo espanta, de sentenciar de plano sobre el mérito de los géneros y de las obras, de mí sé decir, Señores, que no he de dar ya un paso más en el dia de hoy sin que me embarace de continuo la duda del acierto. No temais, por lo tanto, al ménos que ya que libres sean, dé tambien por infalibles mis juicios. Porque no soy yo, si los hay, de los que opinan que agrade sin excepcion lo hermoso, ó descontente lo que no es tal á todos los hombres, ni que este dón precioso con fácil mano lo otorgue el cielo, por más que en tributo se le ofrezca á las veces constante cultivo y estudio (2). Abrigue otra confianza, en buen hora, aquel que por dicha ignore que ha habido crítico insigne á quien le ha parecido ver la cabeza de un sátiro con el pelo de un jabalí, ó la acabada apariencia, en suma, de un mastin horrible, no ménos que en el rostro inspirado del *Moisés* de Miguel Angel (3). Pero ¿qué mucho, si las paredes de este templo del saber, donde ahora estamos, oyeron salir un dia de la boca de un hombre de inmensa doctrina y de altas calidades como escritor en prosa y verso, por las cuales á dicha era en aquella propia ocasion laureado, la dura sentencia de que no hizo sino burlarse Calderon de la nacion española, al componer para ella y para el mundo la coleccion de comedias en que se cuenta *La vida es sueño?* (4). No quiero sólo, Señores, con citar estos casos, negar fuerza de definitivos á todos los fallos individuales que recaen sobre los géneros ó las obras concretas del ar-

te; quiero tambien dejar sentado un hecho, que puede bien servir de primera piedra en mi obra.

Porque ¿quién ignora, Señores, que si desconformidad y contradiccion promueve la material contemplacion de las cosas bellas, no menor discordia hasta ahora reina entre cuantos se han propuesto definir ó describir en abstracto lo que de todos debe ser tenido por bello? De esta causa en realidad procede, no ya sólo la licencia, por lo comun perniciosa, de las opiniones personales, sino la formacion de verdaderos partidos, sectas ó escuelas en la república de las letras y artes. Por eso ha habido en ella revoluciones, cual la que dije há un instante, y se han visto tambien en ella tiranías como la que sucumbió, no sin estrépito, entónces. Y no otro origen reconoce, por último, el que registre tantos códigos *del buen gusto* la historia, y tantos, tambien en esto, y tan desacordes legisladores.

— Pasaré por alto las artes simbólicas de Tébas, Nínive y Persépolis, hijas de cultos y sacerdocios despóticos, para llegar ántes al que primero dió razon de lo bello en la libre Grecia. Transportóse Platon de este mundo visible al invisible, en busca de los tipos ideales y eternos de las cosas contingentes y reales. Vió desde allí que las almas, desnudas de cuerpo todavía, indistintamente eran atraídas á lo alto por cierto invencible deseo de conocer al espíritu perenne, invariable, perfecto que allí estaba, y en quien supo distinguir, aunque gentil, muchos de los verdaderos atributos de Dios; vió ademas que de cada alma escueta y pura tiraban el mal y el bien, y que ella á la par los regía, no de otro modo que solia gobernar cada auriga, en los

carros griegos, dos caballos fogosos, de los cuales era uno dócil y otro rebelde; vió, por fin, que durante la disputada y laboriosa ascension que iban así haciendo las almas, algunas habia que, refrenado el mal, continuaban, á impulso ya del bien movidas, hasta palpar las esencias mismas de las cosas; otras que, no acertando á contener el mal á la larga, podian no más subir, y alcanzaban á llegar sólo hasta mitad ó tercio de camino; otras, ménos dichosas aún, que, apénas levantadas del suelo, de nuevo en él caian, por el mal, sobrepuesto al bien, arrastradas. Fácil era comprender de esta suerte por qué desigual manera poseen en sí los hombres los eternos tipos de la verdad, del amor y de la belleza, segun que el alma de cada cual, ántes de encarnarse en su cuerpo, habia sabido remontarse ménos ó más de la tierra al cielo, y divisar más copiosa ó exigua parte de las divinas esencias (5). Partiendo de esta vision hipotética, claramente se comprendia que los hombres distinguiesen la belleza ideal de la real, comparando su recuerdo anterior á toda miseria mortal, con lo que le comunicase por sus sentidos esta tierra imperfecta y pasajera. Y si al mero contemplador se le ofrecia, en tal manera, una regla cierta de crítica, no hay que decir un artista cuál socorro no hallaria por su parte en la memoria para la reproduccion de los tipos ideales del arte, si como, al parecer, Apéles ó Fídias, él tambien habia tenido la fortuna de recibir, en el punto de ser engendrado, algun alma de las que más alto habian acertado á subir en su vuelo y visto más de cerca, por tanto, los tipos familiares á Dios. Pero aquella incomparable desigualdad de condicion con que al mundo venian ya los hombres en la espléndida hipó-

tesis platónica, como por la mano tenía que traerlos á pensar cada uno á su modo de la belleza, según sus respectivos recuerdos de otra vida, por más que todos á la par examinasen los objetos terrestres luégo con órganos y sentidos idénticos. La libertad de la inspiracion de los leves, fugitivos y santos seres, á quien Platon llamó poetas, para celebrar en sus versos las cosas perfectas, simples, tranquilas y santas, no debia ser, por tanto, en tal hipótesis impedida con leyes externas, y no lo fué con efecto. Sólo la imitacion de las cosas terrenas era lo que vedaba Platon, por lo mismo que buscaba la belleza tan alto. En la pintura, en la escultura la juzgaba ya frívola, cuando no dañosa tarea; mas por lo que toca á las fábulas, que en las epopeyas y tragedias reproducen al vivo las acciones humanas, duramente las condenaba, diciendo que cuando tanto costaba dar con la verdad eterna, no habia para qué fingir vulgares mentiras de una parte, y de otra que la intemperancia, el amor impuro y cuantas pasiones cobardemente arrastran al hombre no podian ser bellas en sí, porque no eran buenas. De esta manera el filósofo, que habia declarado ya que no consiste virtualmente lo bello en la proporcion del todo con sus partes, ni en la utilidad que pueden traer los objetos formados, ni en el placer que producen éstos en el ánimo, con sólo hacer una cosa misma de la verdad eterna, de la bondad absoluta y de la belleza, encerrando á esta última en la propia esfera de las otras (6), tuvo ya que excluir mucha parte de sus legítimas representaciones, y hasta que echar de la república á los poetas, sin otra excepcion que los líricos que celebraban héroes y dioses (7). Tan peligroso era, Se-

ñores, poner fuera de sí mismo límite alguno á lo bello; tan funesto pareció desde el principio establecer preceptos, no ya positivos, sino áun negativos, para el arte, bien que se basasen ellos no ménos que en lo perpetuamente verdadero y en lo bueno, perfecto y eterno.

La doctrina de Platon, con todo eso, no impedia el paso á lo ideal en las artes; más bien pecaba, por el contrario, en rodearlo de atributos inútiles y en hacer absoluto su imperio: inclinaciones que no ha perdido despues muy fácilmente su escuela. — Plotino, por ejemplo (8), caudillo de la que se llamó neo-platónica, muchos siglos más tarde, por tal y tan alta manera entendia la belleza, que ni comprenderla pensaba que podia el hombre sin purificarse ántes hasta el punto de hacerse él propio bello y de poseer suma parte de lo divino en sí mismo. De una Santa española es esta frase profunda: «Piense el alma como si Dios solo y ella estuviesen en el mundo.» Pues no de otra suerte, Señores, queria Plotino que se recogiese en sí el hombre, imaginándose ya separado del cuerpo, y que en tal situacion pusiese oido atento á los sonos armoniosos de la música, para comprender lo bello que hay en ella, ó con ojos interiores contemplase la hermosura moral que en el individuo aparece, como diciéndole: «Huyamos á nuestra patria celeste.»—Lo mismo que este elocuente maestro de Alejandría, cuyas sentencias fueron por el propio San Agustin ponderadas, acompañaron á Platon luégo, en su menosprecio á las cosas imperfectas y en su exclusivo amor á lo ideal, eterno y perfecto, pocos ó muchos, cuantos, recibiendo aquella doctrina, casi olvidada de los maestros fugitivos de Cons-

tantinopla, hicieron profesion de ella en el renacimiento.—No cumple á mi propósito hablar aquí largamente ó de Lorenzo el Magnífico, ó de Castiglione; pero ¿cómo pasar en silencio tambien la hermosa expresion poética que halló el platonismo renaciente en las *Rimas* de Miguel Angel?—Aquel artista egregio rara vez supo rendir la indomada cerviz de su talento á la templada armonía de lo ideal en la ejecucion de sus obras; pero nadie ha renegado cual él de la inspiracion terrestre en las artes, con estos magníficos versos :

*Dal mortale al divin non vanno gli occhi
Che sono infermi, e non ascendon dove
Ascender senza grazia e pensier vano.*

Ninguno ha dicho tampoco más arrogantemente de la propia inspiracion de su alma :

Nascendo mi fu data la bellezza.

Pero, aunque en lo esencial consecuentes, no poco han ido modificando las asperezas de la doctrina platónica los que de medio siglo á esta parte, ó poco más, en ella de nuevo han estudiado con insólito ardor la belleza.—Ha llegado por este camino alguno á establecer, con mayor claridad que Platon mismo, que lo bello no es material ni subjetivo, sino absoluto é independiente de la naturaleza y del hombre, con rara sagacidad analizando las sensaciones sucesivas y el órden de los conceptos que produce lo bello.—Ha habido tambien discípulo católico que atendiese á concertar con la remota vision platónica la verdadera intervencion del Dios revelado en el génesis de cada obra de arte, sustentando en primer término que lo

bello se realiza por la union individual ó particular de los tipos que observa el hombre en la tierra, con otros fantásticos, de la sola imaginacion formados; y en segundo, que ésta no es, en su especial acto, sino agente secundario de la causa primordial ó Hacedor sumo, tan único dispensador de lo bello, que, á creer al autor que digo, no produjeron cosas que lo fuesen los pueblos gentiles, sino en la medida con que en sí guardaba cada uno los vestigios de la revelacion primitiva (9). No más que las de Platon en tanto, bastaban las definiciones de este filósofo creyente para distinguir en la práctica lo que es de lo que no es bello; y por lo que toca á aquel otro racionalista de quien hice mencion primero, ya que copiando en no poca parte al maestro antiguo, y siguiendo la corriente de su escuela, intentase demostrar con elocuencia lo que bello no es, no osó acometer siquiera la explicacion de lo que lo sea (10). «Poco hace, ha dicho alguno, que cuando Cousin tuvo el paso al tropezar con este problema oscurísimo, nada imperiosamente reclamaba su resolution todavía» (11): extraño aserto, no sé si en algo fundado. Mas sé, y con clara evidencia, en cambio, que no ménos inútilmente que de Platon á Cousin, hemos luégo esperado, desde que habló este último hasta ahora, de la estética platónica positivas contestaciones á estas preguntas concretas: ¿Por qué tal objeto ó tal obra es hermosa? ¿En qué la esencia consiste de eso que se admira y ama por bello en las artes?—Léjos de avecinarnos hoy en dia á la satisfaccion de esta curiosidad generosa, lo cierto es que áun habiéndolo por hábil manera intentado, tras de Cousin, Jouffroy ó Gioberti, y con procu-

rarlo en doctos libros cada dia los más esforzados de la escuela (12), luégo á lo mejor ellos propios confiesan que ni han definido hasta el presente lo bello, ni acaso ya cuenten con acertar á definirlo jamas (13). Preciso es, pues, que nos contentemos aún con meras descripciones de lo que no es ó no se cuenta por bello; pero algo, y de importancia no leve, ha concedido, con todo, á la libertad de la inspiracion esta escuela en los últimos tiempos.—Méenos osada ya que el genio inmenso que la fundára, retrocede delante del ideal despótico y exclusivo que, juntos en uno, ofrecen lo bello, lo verdadero y lo bueno. La independenciam y la individualidad, por decirlo así, de lo bello, reconocidas, no tienen que temer más del platonismo la dura proscripcion de otras veces, muchos de los géneros preferidos por los artistas y por los vates.

Nada más injusto, Señores, que condenar por frustrados en todo ó en parte, intentos que sólo han de ser abandonados enteramente, si alguna vez, por desdicha, prescinde el hombre de cuanto es superior á los sentidos en las várias esferas de la vida. Tales especulaciones lo han estimulado á recorrer vastos espacios de ciencia, y han abierto regiones nuevas, con horizontes extensos, al estro en la poesía y al vago pero fecundado entusiasmo que tanto promueve las artes. Por más que las ideas de Platon no bastasen á formar tales artes como las de su nacion y de su siglo, ninguna otra doctrina ha alcanzado á comprender lo mejor de ellas, ni á explicarlo como la suya, despues de creadas. Hermano es, á no dudar, de la filosofía de Platon aquel puro ideal de la Grecia antigua, reina aún de la palabra y del mármol, de cuyo



trono si han andado hasta aquí cerca otras naciones, ha sido al modo que se avvicinaban en diversa edad á los mayores príncipes, otros, aunque grandes, subordinados. No parece, al observar lo ideal en Fidias, sino que, fijos los ojos del artista en los propios tipos eternos que pensó ver el filósofo en el cielo, nunca los inclinase á la tierra bastante para ver las deformidades mortales.— ¿No lo sabeis todos, Señores? Jamas los ligeros centauros del friso ático habrian hallado piedras que hiriesen sus cascos inmortales en los campos áridos de la Grecia real; jamas dejó, por eso mismo, de correr plateada, y no turbia, el agua, á la hora en que escribieron los poetas olímpicos en los cauces polvorosos del Pactolo ó del Cefiso. Y en tanto la lengua de aquella gente, ámplia, serena, armoniosa, no en verdad desemejante al Mediterráneo, que baña la Península, las islas, todas las tierras helénicas, no sabía ella describirlo tampoco, sino levemente onduloso y tocando por lo comun en las rocas, sin otra que la violencia indispensable para quebrarse en alegres espumas. Tan solamente los monstruos ó el rayo de Jove parecen así espantosos en el mar de la *Odisea*; tan solamente el persa fugitivo de Esquilo pudo llamarle á voz en grito aborrecible, al referir al coro de sus conciudadanos el estrago sin par de Salamina. Ni las Furias mismas eran al fin odiosas en las tragedias griegas, ó cuando las mantuvo ocultas Sófocles, ó cuando ántes las sacó á la escena Esquilo. Una belleza como la sentia Platon, si de la natural no siempre distinta, muy superior en su semejanza misma á ella, resplandecia por tal manera en las obras ideales del arte griego. Pudiera compararse, no sin exac-

titud, á mi juicio, el efecto de lo ideal sobre lo real en este caso, al que suele producir la luz del cielo verdaderamente sereno de la Grecia en los mármoles pentélicos heridos por el cincel ateniense, ó levantados en sillares hasta los tímpanos del Partenon, que conservan su sitio todavía. A todas horas los viajeros dicen que hace aquel cielo más bellas de lo que son en sí, con serlo tanto, sus puras, tranquilas y armónicas líneas; ya inundándolas con los rayos del sol, á punto que no pierda la vista los huecos, que lo son sólo cuando con los planos se les compara, ni los planos que aparecen tales, si se les coteja con los huecos; ya prestándolas en los crepúsculos tintas suaves de rosa, que dan á las figuras inmóviles color de humana vida; ya velando no más que á medias la hermosura de los objetos diversos, como para hacerla más apetecible durante unas noches que rasgan siempre vivísimas estrellas, cuando casi del todo no descorre sus sombras el libre resplandor de la luna. Nunca en igual concordia han vuelto á vivir filosofía y arte, como la de Platon y el de Fidias; nunca en general, tampoco, se han acercado tanto como en la Grecia antigua la naturaleza y el espíritu, lo bello real y lo bello ideal, el fondo poético y su forma propia, en todos los géneros y estilos á un tiempo. La arcana simpatía que produjo aquel dichoso consorcio, parece como que se comunicase á las materias mismas en que más noblemente realiza lo bello el arte, que son la palabra y la piedra; tanto grado el parecido alcanzando, que á la lengua se conocen por gemelas sus respectivas ficciones.—Platon comprendió bien que en esto obraban los efectos de una ley suma y única: lo que no

conoció fué su texto expreso ó sus positivas reglas; y ya que no atentase en todo á la libertad de los demas hombres, formando muchas arbitrarias con que regir á las artes, lástima grande fué el que tambien tomase por su parte, cual suele osar la soberbia humana, algunos de los atributos de Dios, condenando en nombre de lo santo ó lo cierto tanta parte de lo bello, y usurpando así su poder al tiempo, que es, aunque innominado á las veces, el mayor de los pensadores de la historia.

Muy otros inconvenientes produjo luégo que esta intolerante unidad platónica, la composicion de positivas leyes, y la redaccion de un verdadero código para las letras y artes. Al cabo, como lo infinito de por sí es libre, nunca su contemplacion entusiasta y asidua podia ahogar de todo punto la inspiracion en el hombre. Pero desde que, vuelta la espalda al cielo, se buscó lo bello por medio de la terrestre experiencia, comenzaron á señalarse ya metas próximas y visibles á las carreras del estro; hubo ya para el arte, no sólo regiones vedadas por entero, sino barreras que constantemente lo detuviesen por las regiones que al parecer le quedaban libres, y pronto nacieron las convenciones, y no muy tarde la tiranía.—Para Aristóteles grave, exacto, sagaz autor de la primera *Poética*, léjos de ser, la de imitar las cosas reales, tarea frívola, como Platon habia dicho, precisamente era *la imitacion de la naturaleza* el principio fundamental del arte en la epopeya, en la tragedia, en la comedia, en la poesía dithyrambica, y áun en la mayor parte de la que se acomodaba en su tiempo á las flautas y cítaras; en la pintura, en la escultura, en la música, en la danza misma (14). Imi-

tar á los mejores, á los peores ó á los semejantes con verosimilitud era, como es sabido, en concepto de Aristóteles, cuanto se habian propuesto hasta allí los hombres, y cuanto debian de pretender en lo venidero; bastándoles por fin y estímulo en sus trabajos, el natural contento con que desde niños todos vemos las imágenes perfectas de las cosas reales (15). — Con tales opiniones, ¿cómo no habia de gustar el gran filósofo de Stagira de aquellas mentiras de las fábulas, por Platon tan mal vistas, en las cuales se representaba lo más noble de la accion en el mundo con las vicisitudes y pasiones de la vida humana?—No era, no, Aristóteles, quien podia reprender, como su maestro en Homero, el que harto avaro pintase á Aquíles para negar el cuerpo de Héctor á su padre miéntras no le pagase por él algun precio, ó el que lo representase arrastrando al héroe vencido por el suelo en que se alzaba la pira de Patroclo. Léjos de eso, el autor de la *Poética* queria que la representacion de las tragedias moviese á lástima y miedo, para que se purgase el ánimo, como, no sin oscuridad, decia de semejantes afectos (16). Bien que se inclinase á la postre á que siempre se describieran los hombres algo mejores de lo que son, y á que no se sacasen á plaza crímenes inútiles, estas propias reglas confirman que en otros casos tenía por buena la contemplacion de lo malo y de lo aborrecible, y que no daba por exclusivos personajes al arte los justos, los esforzados y los sabios. Todo lo verosímil y grande, por el contrario, con tal que estuviese ordenado de suerte que, ademas de principio, medio y fin, se representase en una accion sola, entera y por tal artificio tejida, que con quitar ó

mudar de sitio cualquiera de las partes, luégo se desbaratase el todo, era propio de la tragedia, segun el filósofo de que trato; y en la tragedia, segun el mismo, estaba lo más exquisito que pueda por el arte ser realizado.—Lo verdadero y lo bueno aparecen aquí, pues, distintos de lo bello; y lo que sin salir de la naturaleza distinguia á la poesía de la historia, se ve que sólo era el que ésta se atenia á lo particular, y aquélla á lo universal principalmente, ó sea á los caractéres fundamentales y constantes de los séres representados.—Abrió así Aristóteles, sin duda, á la poesía grandes regiones, por Platon vedadas; ¿por qué desdicha cierta, harto más que de su antecesor con todo eso, procedió de él la tiranía en que por plazos muy largos gimieron las artes de allí adelante?—Tal vez lo principal del daño estuvo en el solo intento de reducir á positivas leyes la comprension y la ejecucion de las cosas bellas; tal vez derivóse el mal, como por irresistible pendiente, del principio mismo de *la imitacion de la naturaleza*, en que cimentó Aristóteles su doctrina. A esto, Señores, por mi parte me inclino; mas no por eso dejaré de reconocer sinceramente, que ha habido sobra de superficiales interpretaciones y exageracion sistemática en la aplicacion del principio. Tanto en lo uno como en lo otro, de todas suertes halla demostracion poderosa mi aserto, con ocasion distinta asentado, de que es siempre, ó peligroso, ó funesto el poner puertas y muros á la belleza; bien sea con el fin de guardarla, bien sea con el mal propósito de excluirla en las artes.

Largamente, desde Aristóteles hasta nuestros dias, ha podido ser aún experimentado. No creyó Boileau sino

ser buen lógico, de seguro, cuando dispuso que la solitaria accion aristotélica se cumpliese tambien en un lugar y en un dia; y áun que el clásico Esquilo diera tiempo á su Agamenon en la escena para que volviese á Argos desde Troya vencida, testigos ha de haber aquí de lo mucho que se ha disputado despues menor licencia. — Traida, por otra parte, esta norma *de la imitacion natural* á las artes del dibujo, intentóse medirlo todo con ella en vano; que puesto que ya no fuese aplicable al Apolo de Roma ó á la Vénus de Florencia, ni siquiera á las caryátides que por defuera adornaban los templos, delante de los cuales se inventára, todavía ménos habia de dar razon alguna de las Concepciones de Murillo, suspensas entre ángeles y nubes, ó del Cristo transfigurado de Rafael Sancio. — Y si el aristotelismo, ó mejor el pseudo-clasicismo, á que con más ó ménos fundamento dió aquel sistema origen, se hubiese contentado con regular y ennobecer las amargas sátiras dialogadas que la antigüedad llamó comedias, ó con distribuir oportunamente las realidades casi palpables de los modernos lienzos flamencos; si hubiera sustentado sólo que la representacion en perfectas imágenes de los objetos reales es tambien placer, sobre ingénito, legítimo, y en buena medida digno de ser satisfecho por el arte; si hubiera siempre empleado el poder incontestable de la observacion, de la experiencia, del estudio externo que solia hacer de las cosas, en perfeccionar los medios y prácticas con que mejor se domeña, se reparte y se dispone la materia para que sirva á los fines libres de las artes, otros beneficios con certidumbre se deberian á esos conocidos códigos *del gusto*, que, entre

otros menores, llevan los nombres claros de Horacio y de Vida, de Boileau y de Martinez de la Rosa. Pero nadie ignora que de la legislacion minuciosa que poco á poco llegó á formarse y promulgarse, nada ménos que lo ideal faltaba, es decir, lo mejor y lo sumo de las bellas obras. No dependió de aquella por cierto el que dejara de barrear el camino á otras épocas y pueblos, para impedirles que formasen un ideal propio, al modo del que espontáneamente habia surgido en la imaginacion de los griegos. Ni fué dicha escasa por eso el que encubriesen las tinieblas espesas de la edad media la marcha lenta del ideal cristiano por entre las nuevas artes y letras. Nació así, que no tan fácilmente lo habria logrado de otro modo, de los cándidos pero heterogéneos edificios románicos, desde el principio ingénuo y sana, la grande arquitectura gótica; ya misteriosa y oscura en las regiones donde, sobrando la luz, como en España, presenta la idea de lo sobrenatural mejor el recogimiento melancólico de las tinieblas; ya abierta y risueña en aquellas otras de continuo nubladas, donde nada como la luz de los rasgados muros podia dar á entender á los fieles todo el precio de la eterna claridad en la otra vida. Pero cuando el clasicismo artificial de nuevo tomó la palabra, notorio es, Señores, que de todo en todo condenó por bárbaras tales empresas, ó hallólas, cuando ménos, en lo delicado de las labores alguna disculpa por boca de los que, como el discreto Ponz, quizás pecaban de indulgentes en la escuela. Los frescos inocentes del Giotto, las tablas místicas de los Van-Eyn, lo mismo que las devotas esculturas anteriores á Ghiberti, no fueron para el aristotelismo restaurado sino

groseros ensayos del arte; y los tiernos *fabliaux* franceses, como los hermosos *romances* viejos de Castilla, no merecieron atención de él sino en cuanto traían á exámen los orígenes de las modernas lenguas. Por ideal bastábales á tales críticos con el que para sí se creára la Grecia, que ellos reputaban ya por uno de tantos objetos imitables como ofrecía la tierra, y ni siquiera prefiriendo las cosas que *deben ser* á las que son, como el insigne Aristóteles enseñára, levantaban lo natural hácia lo ideal algun tanto, sino que al ideal que, sin buscarlo, se les venía á las manos, malamente lo conducían atado por el suelo. Si los sectarios de Platon, en suma, al modo de los gigantes mitológicos, habían pretendido escalar el cielo, contentábanse los de su discípulo glorioso con remover continuamente la empobrecida capa vegetal de los cultivados campos clásicos; queriendo además que les comunicasen ellos solos el secreto de los matices y del aroma de sus flores.

○ No fué, á pesar de todo, enteramente estéril esta exclusiva y menguada tendencia de la crítica en el arte; ni ¿cuándo hubo labor del espíritu cuyos frutos á la larga holgasen sobre la tierra?—Atentos á la contemplación de la belleza ya realizada, ó por la naturaleza ó por el hombre, llegaron á rendir los aristotélicos verdadero culto á la forma con que se ofrecen á los sentidos las cosas, ya facilitando, ya conteniendo la percepción íntima, ya completando, ya disminuyendo el deleite que lo bello que llega inmaculado suele luego producir en el alma. Oportunas habían sido, en verdad, en este punto las lecciones del propio maestro acerca de la proporción, de la gran-

deza, del orden, del modo de comenzar, seguir y poner término á las obras literarias; mas ¿qué faltaria en este particular, por ventura, que no previese al cabo Horacio, en la epístola discretísima que lleva el bien conocido nombre de *Arte poética*? Bien dijo de sí aquel artista, por lo que toca al conocimiento de la materia que empleaba y al artificio de la ejecucion incomparable, que, á imitacion de las abejas de Calabria, sacaba él de los tomillos de Tívoli con penosa labor sus versos, porque no ménos dulces fuesen luégo que la miel misma (17). Nadie mejor, ciertamente, que aquel respetuoso y fino amante de la palabra humana, sabía el por qué y el cómo habia de colocarse cada frase en su propio lugar y no en otro, ó cuánta sea la dignidad de las voces que el uso hace nobles, y la vileza de las que él, con razon ó sin ella, tiene infamadas. Harto su pasion por la forma se comprende con oirle decir cuanto más le placen los triviales ó vulgares asuntos, bien compuestos y con primor expresados, que no los altos ó grandes con algo de desaliño ó bajo estilo.—Pero nada tanto indica cuánto estuviese distante el preceptista y poeta latino de prestar á las ideas puras la reverencia que Platon ó sus discípulos, como el ver que pone á cargo de Sócrates y los autores de filosofía moral, el suministrar cosas que decir á la poesía (18), reservándose para sí solo, en su oficio de vate, el decir las mejor que nadie, y en versos que, con eso no más, contaba por de mayor duracion que el bronce, y capaces de fama superior á la que trataban de perpetuar las egipcias pirámides (19). Dejaba, en resúmen, de buen grado Horacio que volasen las águilas por la cumbre arrogante del mon-

te Albano, mientras él prendia á su placer mariposas espléndidas en las verdes pendientes por donde salta el Aniene, ó en las hondas y breves riberas de los lagos latinos. Tal el carácter del poeta, tal el del crítico. — ¿A qué inquirir, Señores, tras esto, el principio capital de su doctrina? — No podia ser otro de modo alguno, sino aquel que acertó á comprender nuestro insigne Cascales en sólo una frase, diciendo que poesía «era imitar con palabras» (20). No era otro que aquel, tampoco, el profesado, ántes de Cascales, por Márcos Jerónimo Vida, el cual hubo de seguirlo tan paso á paso, que llegó á dar en su *Poética* por reglas cuantos artificios y precauciones enseñar suele el trato para hacerse buen lugar en los antiguos y en los modernos salones (21). Ni tiraba á más Boileau cuando dió por única norma le *bon sens* á las imaginaciones acaloradas por el estro poético, y claramente definió la poesía por un género de concierto entre el buen sentido y la rima (22). Pretendíase por los aristotélicos que el deleite de ver bien imitadas las cosas era el único móvil que inclinaba al hombre á la poesía trágica; y no tuvo, por lo mismo, Boileau, que formar juicio propio para decir que sólo se proponia el arte divertir á aquellos de quien arrancaban lágrimas copiosas el parricidio de Oréstes y el espectáculo sangriento de Edipo (23). Todo el clasicismo del que la Francia llama *gran siglo*, no sin razon ha sido ya por alguno cifrado en la frase de Voltaire, de que el *gusto* venia á ser en la poesía lo que en los tocados cenicientos de las damas de su época. Tal *gusto*, en verdad, y lo que es perpetuamente la *etiqueta* en las relaciones sociales, pueden sólo dar idea exacta de las menu-

das y penosas exigencias de aquel sistema de crítica.— Lástima da ya de ver á un Boileau, el más formidable acaso de sus campeones, por muchos días inquieto á causa de haber en sus versos nombrado la blanca pluma que ondeaba en el sombrero de Luis XIV cuando iba á rendir en Flándes las mal guardadas fortalezas de España. Lástima al oír disculpas por este atrevimiento inocente con mayor motivo debe darles á los que recuerden, que sin algun recelo, habia él dicho en tanto, en la propia obra, que el suceso de la toma de Namur regocijaba á cuantos árboles lo sabian, cual si tambien les interesase á los árboles, porque el paganismo hubiese convertido á las hermanas de Faeton en algunos de ellos, el que más pronto ó más tarde viniese al suelo el poder de nuestros antepasados. Y si tal se tiranizaban ó extraviaban los maestros mismos, ¿cómo no habian de oprimir ó desorientar por más extremo todavía á los que, menores en fama ó fortuna, por fuerza los veneraban como príncipes ú oráculos? Admírenos ántes, tras esto, la moderacion de Luzan que la intolerancia de Montiano con las *comedias famosas*.—Y sobre todo, Señores, ya que á este punto hemos llegado, reconozcamos sin titubear, y admiremos la independiente vitalidad de la belleza, que, á pesar de tales hombres y errores tales, ni áun entónces desamparó al arte. Descuidado el concepto en el Lacio, se refugió en la forma; donde ya no tenía ideas, inspiraba frases, no pocas veces en Góngora mismo y sus secuaces afortunadas; y cuando la Francia ménos la reconocia, perfeccionó más su lengua. Esto sin contar con que Corneille, Racine y Molière, no por las reglas, sino áun con ellas,

formaron una grande escuela dramática; ni con que ántes que predominase por completo en las letras esta pretensa crítica clásica, la espontánea inspiracion de los poetas habia tomado vuelo altísimo en Inglaterra y España, y hallado á la belleza en regiones hasta entónces inexploradas, los miles de tragedias ó comedias insignes, en que Shakspeare, Lope, Calderon y otros pusieron sus nombres.—Nunca la historia del mundo ofrecerá mayores pruebas que las que entre la época del *renacimiento* y la del *romanticismo* ha presentado para declarar por imposible la empresa de ahogar del todo y para siempre la libertad en el arte. Se estorba, se detiene, se hace el paso de la inspiracion más lento; pero ni ella ni nada al fin se paraliza ó se extingue en la vida de cuanto cumple á los destinos de nuestra especie. La llama que Prometeo robó al cielo, esté él encadenado ó libre, arde siempre en la tierra.

Fuerza es reconocer, tras esto, que el principio aristotélico se interpretó mejor que por los autores de nuevas *Poéticas*, por los críticos de las demas artes.—Clarísimo era el deudo que entre unos y otros habia, no obstante. Así nuestro Pacheco dijo, con idénticas palabras que Cascales, que el arte pictórico estaba reducido á «imitar con líneas y colores» (24); y no con otro dictámen que Boileau, más tarde señaló Francisco Milizia como fin de las llamadas *bellas artes* la utilidad placentera y fácil (25). Lo raro es que Milizia quisiese hacer de lo justo y de lo hermoso una cosa misma, tal como Platon habia intentado; y aún es más raro todavía que, desconfiando de la recíproca simpatía, ó de lo indisoluble del matrimonio de la belleza y lo bueno en las artes, con-

friese á las leyes civiles el peligroso encargo de obligar á los artistas á que no ejecutasen más obras que aquellas que fuesen buenas y bellas en un propio punto: no en verdad distinto propósito del que casi todos los teólogos y algun ingeniosísimo crítico habian abrigado respecto de las comedias, con frecuencia mejores que morales, de nuestro teatro antiguo.—Más platonismo que en Milizia, por cierto, hubo en Mengs, hasta el punto de mezclarlo en toda su doctrina crítica, como, no sin razon, advirtió Azara. Ya para el pintor aleman consistia la belleza en perfeccionar segun la idea la materia, de ésta haciendo el cuerpo, de aquélla el alma; y en vez de juzgar por secuz de la naturaleza al arte, pensaba que, al contrario, debia el arte vencer siempre á la naturaleza, porque era libre él, cuanto ella esclava, ó sea invariable y concreta. Ni se distinguia ménos de Milizia, con preferir lo que producía satisfaccion al ánimo, ó sea el ornato de las cosas á lo necesario y útil. Tocante á la imitacion, no la desdeñaba Mengs por su parte; mas tenía la por mucho ménos estimable que la realizacion de tipos inexistentes, por la inteligencia formados con lo mejor que hay en la naturaleza. A esto era á lo que solian llamar ideal los críticos clásicos; á esto, en verdad, sonaba la frase de Aristóteles de que las cosas habian de representarse, no como son, sino como deben ser; con esto explicaban á su modo los artistas las prodigiosas reliquias de la estatuaría griega; y Mengs se adelantó á definirlo, diciendo que era aquel estado de las cosas, en que ya no acertaba á hallarles el hombre imperfeccion alguna (26).—Pero tal definicion no era bastante á apagar la sed de doctrina

de los que sabian ver y sabian ejecutar cosas bellas con sus propias manos. Llenos de esperanza, volvieron todos los ojos por eso á Winkelmann, más docto que ninguno de sus contemporáneos en la lengua de Platon y Aristóteles; más que otro alguno familiarizado tambien en las ruinas y en los museos de Roma, donde habitó por largo plazo, con las esculturas, los vasos, las joyas paganas, y con las pinturas incomparables, por la munificencia de tantos pontífices allí reunidas. En especial las estatuas supo así sentir las y juzgar las Winkelmann con el gusto propio que pudiera tener cualquiera de los griegos que asistieron á las primeras exposiciones de las obras de Fídias. Ni era menor que el de Platon, por otra parte, el entusiasmo que la belleza ideal le causára, al paso que la conocia de más cerca. Quizás dependió de esto último en algo el que no se entregase el crítico aleman por entero al puro espiritualismo del filósofo griego; mas no deja de ser profunda, no obstante, la huella de éste en sus peculiares juicios. Por de contado que Winkelmann reconocia en la belleza uno de los mayores arcanos del universo, tan visible en sus efectos como recóndito en sus causas; y que ántes de Cousin supo cuánto fuese más fácil cosa que lo que ella es, ó decir ó describir lo que no es ella. Parecíale, con todo, que algo la daba á entender el figurársela como agua pura y sin sabor ni olor, en el propio manantial recogida; imágen que recuerda la definicion negativa de Mengs, y que, no sin exactitud, representa el sentimiento inefable del alma cuando se leen ciertas odas de Horacio, ó se miran los fáciles torsos de mármol de las ninfas griegas. Alguna vez se inclinó Winkelmann

al platonismo, imaginando que lo que apetecemos en la belleza del ideal de piedra es la posesion del prototipo del primer hombre concebido en la inteligencia divina. Otra vez se dejó ya llevar de aquella doctrina, hasta decir que más ó ménos alcanza á levantarse la belleza humana, cuanto más ó ménos semejante el artista la idea á la que en el Sér supremo reside. Pero todo ello, inexistente en la tierra, Winkelmann queria hallarlo, sin embargo, en lo que llamaba la *bella naturaleza*, que era la eleccion de lo mejor de Mengs; lo que debe ser de Aristóteles; la norma asimismo que á la poesía señalaban los retóricos como Hugo Blair por entónces.—No tan estéril, sin duda, esta fórmula cual la de la estricta imitacion de la naturaleza, tampoco dejó de pesar infelizmente á las veces sobre las artes. Falseóse la verdadera representacion de las cosas por el vano empeño de hallar á toda costa lo que es ideal en lo real, para constituir la *bella naturaleza*. De seguro contribuyó no poco esta nueva ley de lo bello al carácter convencional, forzado, incoloro de la literatura y las artes en el último tercio del pasado siglo. Y es que no ménos se pretendia que volar sin alas, al remontarse á lo ideal sobre las reglas. No es por eso lo que llama la atencion solamente la afectacion ó la violencia; sorprende con mayor motivo aún la pobreza del fruto, comparado con lo gigantesco del esfuerzo que lo produce, en todos los estilos, en todos los géneros, en todas las artes á un tiempo. Mas como con nueva aficion se estudió en tanto la naturaleza, para convertir la real en bella, debió de perfeccionarse la forma externa entónces, y se perfeccionó con efecto. No habria rehu-

sado sin duda los leones de Canova Pericles; los versos de Monti no son indignos de la *Iliada*; al estilo de D. Leandro Moratin no le habria puesto reparos Horacio mismo. Notábase bien, sin embargo, que mucho, entre tantos aciertos, faltaba; que la depuracion de la forma por sí sola estaba léjos de constituir un arte en general, ni tan propio, ni tan fecundo, ni tan grande, como aquel que por dechado se tomaba lo habia sido.—Echábase de ménos, en suma, la libertad que habian disputado Platon y Aristoteles al arte; y aunque se tardase en buscarla, como era natural, se la buscó y obtuvo al cabo.

Hay, Señores, un pedazo de tierra en Europa, de donde han salido, ó buenas ó malas, que no en todas he de fijarme, las mayores novedades que haya experimentado el género humano desde Constantino hasta ahora. El Rhin, que en tanta parte con sus afluentes lo visita y lo riega, presenció las secretas alianzas y el alzamiento armado de los primeros germanos que con Arminio vencieron á Roma; andando el tiempo, conoció tambien á Lutero; y en una vieja ciudad, de la que luégo ha retirado sus aguas, ofreció teatro solemne á las primitivas disputas del audaz heresiarca con los príncipes y los doctores católicos. Llegada la cuestion á serlo entre ejércitos y naciones, sostúvose ésta principalmente, en sus orillas, por medio de la pólvora y la imprenta, temprano allí experimentadas; que bien corto trecho, por cierto, separa á Friburgo de Maguncia, donde nacieron Schwarz y Guttemberg. Pocos hasta este siglo han sabido en Europa, no obstante, la lengua que sus gentes hablan, de donde, no sin razon, el crítico La Harpe

dedujo un día que no debía de haberse empleado en obras que mereciesen aprenderla (27).—Pero lo cierto es, Señores, que de cien años acá el influjo de la filosofía, de las letras, y aún de las artes de aquella nación sobre la Europa, ha sido inmenso. Aleman había sido Winkelmann: alemán fué Lessing, que osadamente rompió de una vez todos los grillos de la tiranía crítica. En un cementerio á orillas del Rhin yace en modesto sepulcro Augusto Guillermo Schlegel, nacido justamente hace un siglo, que tradujo casi á la par á su lengua, y osó levantar de una vez sobre pedestales encumbrados, los bustos por allí desconocidos de Shakspeare y Calderon, como si dijéramos el Alarico y el Atila de la crítica de Batteux, La Harpe y los llamados clásicos. Las aguas del Rhin escondieron también la roca preciosa de los *Nibelungen* en la ruda epopeya germánica, al propio Guillermo Schlegel deudora principalmente de la luz que esclarece desde su tiempo los lóbregos antros en que la engendró la Edad Media. La misma ciudad de Worms, donde solemnemente proclamó su doctrina Lutero, había ya dado lugar á esta accion de los *Nibelungen*; y la resurreccion de tal poema, y la popularizacion de los dramas anticlásicos, no era ya ménos que otra verdadera herejía, por los mismos sitios predicada. A la verdad, ni Corneille ni Molière habían tenido horror sobrado á los asuntos de la escena española; y Voltaire, á quien hizo precursor involuntario su suerte de más de una revolucion contraria, no ménos que á su carácter, á sus opiniones, había puesto por su parte al gran dramático inglés en moda, mucho ántes que dedicase á darlo á

conocer su talento el crítico alemán de que ahora hablo. Pero ni impidió lo primero las burlas de Boileau sobre nuestro teatro, ni tardó Voltaire en arrepentirse de haber abierto paso en Francia á aquel bárbaro ingenio de Inglaterra, que, como por alabanza dijo alguno, tenía á ménos *el ser hombre de gusto* (28). Siguió, pues, una tempestad de diatribas á la breve aurora de favor que gozaron entre los clásicos los irregulares pero profundos poetas del décimoséptimo siglo; y ni siquiera lograron contar éstos con el favor de Alfieri, cuyo genio parecía complacerse, no obstante, en desafiar el rigor de las leyes morales, políticas y áun literarias. Triunfó en su ánimo la escuela trágica francesa, como triunfó en España todo aquel sistema entero de la honrada resistencia de García de la Huerta. Nada parecía, pues, que habia más de turbar la quietud de la crítica, al tiempo que con un paralelo entre la *Fedra* de Racine y la de Eurípides, Guillermo Schlegel abrió al fin los ojos á los clásicos, revelándoles de repente el cisma y la revolucion que amenazaba.—Porque no hay que olvidar, Señores, que quien tal hacia era un grande humanista, ilustrador de la *Geografía* de Homero y autor de un copioso *Índice* de Virgilio; lo propio que su hermano Federico, más vehementemente que él todavía, y ántes ya idólatra que no admirador de Calderon y de la dramática cristiana, por su lado habia traducido á Platon y discurrido largamente sobre romanos y griegos. No ignorancia, no gusto exclusivo, no espíritu de moda podia ser, pues, lo que promoviese empresa tan alta. Más bien parecia comenzar á experimentarse, por el contrario, cierto anhelo de juntar en uno to-

das las grandes tradiciones literarias y cuanto hubiese hasta allí labrado la fantasía humana.—No con otro propósito, acaso, la mística Beatriz de la *Divina Commedia* había un día ordenado á Virgilio, el más hermoso de los poetas gentiles, que tomase por la mano al mayor de los poetas católicos, y lo guiase por enmedio de la doliente ciudad, que sin cesar puebla la caída del primer hombre, hasta la dichosa region en que suena el *venite, benedicti*, del Evangelio, y donde arde la luz de la teología con resplandores eternos. No otro intento debió de ser el de Rafael al colocar en su Parnaso, entre Apolo, las Musas y los vates antiguos, ideados con griego espíritu, á los poetas de la Italia cristiana, con igual verdad que los otros representados. Ni otra cosa en este siglo ha pretendido de seguro Goethe, el mayor quizás de los poetas incrédulos, pero en quien la soberbia de las ciencias nuevas no alcanzó á apagar el amor de la musa antigua. Éste es aquel que, en presencia de las estatuas de Roma, llegó á exclamar, como Winkelmann y como Benvenuto Cellini en su tiempo, que no había cosa tan digna de ocupar á la mente como la forma del hombre; y que añadiendo á la doctrina el ejemplo, modelaba en arcilla los trozos ideales del arte antiguo, ó cuidadosamente en el papel los delineaba, ántes de poner mano en sus tragedias y poesías ligeras, ó de escribir algunas de las escenas del *Fausto*. Por eso en el conjunto de esta última obra, cual en otra ninguna, se representa á las claras la imagen del inmenso eclecticismo con que la nueva aspiracion había de formar futura escuela. Ni tardó en verse invadida la república literaria de personajes, ó apenas conocidos

nunca en ella, ó de ella relegados hácia la region del olvido. Porque tal eclecticismo y concentracion sólo por la libertad podia prosperar en las artes; y á la voz de libertad, repetida de gente en gente, la Alemania acudió con las leyendas religiosas, ó caballerescas, de sus antiguos castillos, con las bárbaras tradiciones de las hordas innumerables que desde el Cáucaso y la Escandinavia la habian cruzado, en busca del Occidente y del Mediodía, con sus memorias heréticas tambien y sus luteranos odios: la Italia, de su parte, mal contenta de la sensibilidad artificiosa de Metastasio, y áun del magisterio severo del Parini, de improviso apareció con *Il Conte di Carmagnola* y la *Ildegonda*: la Inglaterra, por fin, resucitó la Edad Media toda entera en los cuadros históricos del *Quentin Durward* ó del *Ivanhoe*. Y en esta tierra de España, en tanto, donde en los dias de Juan de Mariana, de ordinario áun se sabian las cosas por los romances viejos, que, como él dice, «se solian cantar á la vihuela de sonada apacible y agradable», y donde á mediados del siglo último no habia, con todo eso, ningun hombre de letras que supiese de ellos, tambien renació y ardió de pronto el debido amor á aquellas reliquias venerandas de la ingénita y característica inspiracion nacional.— No há mucho que de aquí falta, Señores, el sabio y modesto varon que no sin pena disputó y ganó al cabo la palma de esta restauracion generosa á los extraños. No há mucho que de aquí tambien falta aquel otro que el primero tanto estimuló tal empresa: poeta grande no ménos que claro y purísimo crítico, que supo aunar con el amor á la musa caballeresca y cristiana el más acendrado gusto, y tanto culto á

la forma cual los mejores clásicos. Liberal también en esto, aunque sin pretenderlo como en lo demás, por ventura, son las opiniones del gran Quintana signo inequívoco de la latente transformación que iba comenzando á verificarse en la crítica, ántes de que estallase violenta la pasada revolución literaria. Al grande eclecticismo que digo, tendía, á no dudarlo, aquel patriarca de la poesía, formado por Melendez y el abate Estala; tan partidario de los principios de composición de Vida, que, como éste preceptuó, trabajaba en prosa los asuntos que ponía luego en magníficos versos; lo cual no le empujó para legitimar á la *poesía popular* por una parte, ni para defender por otra, con la moderación poderosa de su estilo, de los clásicos furios de Hermosilla la dulce memoria de Cienfuegos, precursor incorrecto y melancólico de la poesía *romántica*. Pero ¿qué más, si aún el doctísimo Lista, criado en los principios severos de la sevillana academia de *Buenas Letras*, y consumado maestro en la doctrina clásica, no sólo puso por las nubes nuestro teatro antiguo, tan asendereado poco ántes, sino que, lejos de renegar de su discípulo Espronceda, halló hasta para el *Estudiante de Salamanca* y para los versos por demás libres de aquel malogrado ingenio á una *Orgía*, no ya aprobación, sino alabanzas? ¿A qué he de amontonar fáciles citas para dar por demostrada una cosa evidente? Hubo momento en que no les faltó ya más á los que, sin escarnecerla, como madre que al fin era, rasgaban así atrevidos, no obstante, la túnica de la musa clásica, para renovar en su seno, con la libre atmósfera del universo, los fecundos principios de la vida, sino tomar por letra en su empresa: *la libertad en las artes*.

Mas en el ínterin que tal sucedia por las regiones de la crítica, terribles y extraordinarios hechos políticos habian interrumpido de un golpe la serena labor del tiempo en todo cuanto espacio cultiva la inteligencia humana. Instintos que parecian ya extinguidos en el hombre; pasiones ó feroces ó insensatas; hábitos de licencia, de cólera, de desórden, de negligencia, de novedades, reemplazaron por todas partes las tranquilas costumbres antiguas, y todo esto, como en un espejo, se reflejó luégo en lo impreso. El *Comentario histórico*, de La Harpe, acerca de la lengua revolucionaria muestra de sobra que el régimen del terror no perdonó al gusto siquiera. Bien que los sucesos militares y políticos de aquella época algo ó mucho esparciesen tambien de tal espíritu funesto por todo el mundo, donde él naturalmente se conservó con más brío fué en la nacion misma donde halló cuna. Habia ella, á la verdad, prestado cortísima atencion por mucho tiempo á la nueva direccion de la crítica y las letras en Europa. Harto tuvo que hacer con seguir al primero de los Buonaparte en su carrera sanguinosa, para mover á la par contiendas á la literatura soñolienta del Imperio. Pero éste vencido, la especial actividad del espíritu frances forzosamente buscó otro empleo. Hallóse ya, sin pensarlo, con dos autores insignes, Chateaubriand y Madame de Staël, que, apartados de la corriente dominante en su patria, habian disfrutado vagar bastante para enriquecerse á solas con cuanto á la sazón pensaba ó queria el siglo. Y ¡ojalá, Señores, que hubieran sido *Corinne* ó *René* las únicas obras que diesen pauta en Francia á la escuela *romántica*! Desatóse en aquella nacion,

léjos de eso, con furor semejante al de su revolucion política, la literaria, y pronto, cual de allí suelen, llegó este contagio á España.— Y ¿fué entónces, acaso, porque en los *Romances históricos* del Duque de Rivas adoptase la nueva poesía lo caballeresco como ideal, cosa de que en un D. Nicolas Moratin habia ejemplo; ó porque en las comedias españolas de otros ingenios, que callo, se renovasen los finos amores de las de Moreto y Rojas; ó porque todos los líricos, sin excepcion, cantasen sólo al Dios verdadero, dejando aparte los gentiles, y prefiriesen á las majadas y oteros de los pastores, y aún á sus arroyos y selvas, las góticas bóvedas ó los cubos medio arruinados de las fortalezas que custodiaron un dia las llanuras castellanas y los valles moriscos, por lo que hasta los más prudentes de los clásicos españoles se encendieron al cabo en cólera contra los innovadores? No por cierto, Señores. Precisamente la poesía romántica parecia como nacida para la ocasion en que vino. Vacíos ya en España Montaragon y Poblet, Benevívere y Leire, y millares de otros antiquísimos santuarios, mudos compendios de historia cristiana; abandonadas á la libre disposicion de los hombres, ora las torres esbeltas con que se abrigaban solares como el del gran D. Pedro Enriquez en Fuentes de Valdepero, ora los castillos roqueros que en Frigiliana y Lanjaron dieron amparo á la gente infeliz de Aben-Humeya, y millares tambien de otros recintos al igual de los dichos famosos; abiertas por ministerio de la ley las dobles rejas de los conventos de monjas, donde sólo habian penetrado hasta allí los osados pensamientos de los hidalgos de capa y espada, nunca habria podido hallar mejor hora

para dar al traste con las mitológicas y bucólicas ficciones la nueva poesía, que tan amiga se mostraba de misterios y ruinas, de lo cristiano y de lo caballeresco. La libertad, demas de esto, que apellidaban los noveles campeones, era á la sazón, como un primer amor, requebrada y querida de los más y los mejores de los españoles. Otro tanto, cuando no más, respecto de todo ello acontecia en Francia. ¿De quién pues, Señores, habian de venir pesados golpes sobre el *romanticismo* militante, si ya no era de sus propios excesos? No sin razón, no, lo acusó Lista de que, léjos de sustentar, como pretendia, la libertad de la inspiración poética, pareciese también él tan exclusivo, que bastaba que las obras de arte hubieran sido «ensalzadas en otro tiempo, ó que los nuevos autores no se sintiesen capaces de hacerlas, ni áun de comprenderlas, para que las creyesen despojadas de mérito.» Léjos, asimismo, de aprovecharse el *romanticismo* que digo de la libertad alcanzada, para buscar otros tipos ideales, complacióse frecuentemente, como advirtió el propio Lista, «en afear la realidad misma con las caricaturas de la perversidad y con las horrruras morales de la naturaleza humana.» Y á los principios siquiera el que ocupó en Francia el primer lugar entre estos tales *románticos* reconoció que, á la manera que la moral da reglas útiles de conducta, algunas de *proprio motu* y convencimiento debia también de tener presentes el arte (29). Pero ántes de mucho saltó ya desenfadadamente Víctor Hugo, que es de quien hablo, por encima de la gramática, de la métrica, de todo cuanto ponía estorbos á la fácil ejecución de sus obras. La libertad de la fantasía

para inspirarse en lo mejor de sí misma, que es lo ideal; para crear cosas bellas, diferentes de las ya por ajena labor creadas; y para pasear como señora por todos los tiempos y pueblos igualmente, buscando en las comparaciones y contrastes ocasion y estímulo para producir todavía tipos más altos y perfectos, llegó por tal á trocarse en confusion de lo verdadero y de lo falso, lo malo y lo bueno, lo feo y lo bello (30). Por último, Señores, no hay duda que á la misma ignorancia levantó el extravío de la nueva escuela triunfales puertas. La delicadeza, el esmero, la cortesía, los matices varios, los perfumes leves de las voces y frases en las antiguas lenguas, no por escasa porcion trasmitidos á las nuevas, al modelarse en ellas *la bella naturaleza*, ni eran ya estimados ni conocidos: lo semejante se puso á la par con lo exacto; lo extravagante, como en el *culteranismo* de la España austriaca, se equivocó con lo original; lo irregular, por sólo serlo, con lo ingenioso ó con lo sublime. Y la precipitacion en concluir y ejecutar llegó á ser, no culpa, sino método; la incorreccion, la dureza, no, cual otras veces, fruto de involuntarios errores, sino consecuencias, en cierta manera lógicas, de un género de sistema. Parecía como si se quisieran quitar á la poesía la pureza, la propiedad, la sintaxis; como si se afease de intento la materia hermosísima que en las lenguas ofrece al arte la palabra humana. No de otra suerte, Señores, que si, léjos de huir, se buscasen las vetas oscuras en los mármoles estatuarios; que si se prefiriese el parduzco y frágil *tufó* que en sus primitivas construcciones usaron los romanos, á las piedras candidas del Hymeto, con que se engalanan aún sus basílicas; que

si se escogieran tablas podridas ó muros grietados para fijar locamente en ellos los maravillosos colores de la pintura moderna. Fué de más momento todavía el daño que hubo en falsear, al propio tiempo que el de la belleza, todos los demas sentimientos primitivos é indelebles del espíritu humano: la mayor monstruosidad y más inútil llegó así el caso de que hallára, no sólo quien la aplaudiera, sino quien se desviviese en sus obras por imitarla. Tal espectáculo presentó, sin duda alguna, el *romanticismo* en su tumultuosa práctica, y no fué (sin pasion lo digo) donde más él se extremó en España. Pero, puesto que no poco de ello tambien ofrezca entre nosotros ejemplos, ¿no he de reconocer yo ademas con alegría las frecuentes y gloriosas excepciones que por fortuna contamos?—Obras he citado ya aquí de mi ilustre antecesor, que lo son al cierto; muchas tambien podria citar fácilmente de otros de los claros varones que ya murieron, y no pocas hoy, de autores vivos, á mi memoria se agolpan en vano, ya que nombrarlas no me sea lícito. Esto cuanto á España; que por lo que á otras naciones hace, ¿quién ha de pensar tampoco que yo confunda, por ejemplo, las primeras *Meditaciones* de Lamartine, dulces, armoniosas, cristianas, hijas, en fin, de algunas de las legítimas y grandes pretensiones de la época, con otros enfermizos abortos de la escuela á la sazón predominante? Ni á Byron mismo, extravagante, incrédulo, desordenado, misántropo y soberbio cual era, sería justo mezclarle con la turba de nuevos tiranos, que, entre otras cosas, querian quitarle al arte el amor de aquellas bellezas por nadie mejor que por él celebradas en las islas griegas. Tanto sería ello, sin

duda, como hacer uno del Lord Elgin, que despojó al Partenon, y del propio Byron, que en dísticos elocuentes lo maldijo. De aquel peregrino afortunado, que visitó «las regiones de la caballería, de la historia, de la fábula»; que así sabía gozar de los encantos de Sevilla como de las delicias austeras de Roma, y con ardor igual recorría las reliquias de Argos ó los campos donde fué Troya, no era de quien podía ciertamente recibir alientos un exclusivismo estéril. Cantor, á la verdad, de sí mismo, todavía celebraba en sí un tipo digno de la poesía: con idealizar en su persona al hombre de su tiempo, habia de seguro para un solo poeta bastante. Pero en el entre tanto Byron no tomaba piedras para modelar sus conceptos sino en las canteras que los clásicos de Inglaterra habian abierto: digno admirador del correctísimo Pope, sus frases son elegantes, y armoniosos sus versos; y bien que se dejase llevar alguna vez de los defectos de tantos de sus contemporáneos, ásperamente lo reconoció él mismo, exclamando que «no valia un solo ardite el nuevo bajel poético en que todos parecian embarcados» (31). No sin acierto anunció tambien en cierta ocasion al *romanticismo* el desdichado poeta que todo cuanto hacía, descuidando los materiales y la construccion misma de sus obras, era levantar tapias de frágil arcilla delante de los eternos muros de piedra de los edificios antiguos. Otra fuera la solidez de las obras nuevas, con efecto, si, como Madama de Staël quiso en un principio, no hubiera tenido más intento el arte *romántico* que ser el verdadero arte cristiano; otra igualmente si, como de él dijo Hegel, hubiera comprendido siempre que, sin dejarse esclavizar por

las reglas clásicas, preciso era que él también tuviese, para realizar á su modo sus ideas, algunas peculiares y propias (32). Y eso que, en verdad, Señores, dado el concepto que del arte tenía Hegel, por fuerza había de declararlo al fin, como hizo, inútil á la larga en el mundo. Porque lo que Hegel quería era que, al revés que en el arte griego, donde el espíritu que animaba á las representaciones plásticas se combinaba en justa y exacta armonía con la forma material y sensible, prescindiese en el arte cristiano ó romántico el espíritu de tal concierto con la naturaleza, concentrándose en sí mismo, y buscando la armonía en su propia y exclusiva esfera. De aquí á declarar por subalterna á la forma, no había más que un paso, y él dado, como lo dió el filósofo, no hay duda que el *romanticismo*, en bastantes de sus errores, podía ser fácilmente disculpado. Mas ¿qué, á la verdad, importarian ni el fondo ni la forma ya en el arte, si, cual Hegel supuso, se hallase moribundo, y estuviera para extinguirse en el hombre, en un día cercano, la divina facultad de producir cosas bellas? Felizmente, Señores, no era ningún profeta Hegel, ni hay otro motivo alguno para recelar con fundamento que un anatema igual al de Sion ó Babilonia fatalmente amenace á las artes. Muchos años después de muerto Hegel han concebido y ejecutado en su propia patria grandes composiciones pictóricas Overbeck, Cornelius, Kaulbach: no de otra suerte que después que Buffon y Chateaubriand mismo dieron por muertos los versos, escribieron los suyos admirables Byron, Lamartine, Espronceda, Leopardi y Castilho. Del arte, por cierto, ha escrito, y con profundo amor todavía, el filósofo elegante y cáus-

tico que tiene Schopenhauer por nombre, para quien Hegel, con todas sus intelectuales grandezas, no es sino una medianía estéril, así como su colosal sistema de metafísica no es otra cosa que un charlatanismo, por igual pernicioso y absurdo (33). Mas la propia metafísica, no ya en este ó el otro de sus concretos sistemas, sino en general, ¿no ha sido condenada cien veces por imposible ó por inútil en el mundo? Pues la metafísica vive aún con todo eso, como vivirá el arte; como pasarán siempre la filosofía y la estética de Hegel por grandes monumentos de inteligencia, aunque lo nieguen uno ó muchos críticos aislados. No hay que citar otra autoridad en mi abono, ya que el propio Schopenhauer decia con frecuencia: «La verdad puede esperar, porque es inmortal.» — De aquí el que poco importe que se oscurezca en el espíritu á las veces; que poco empezca asimismo el que, por largo ó corto plazo, la tiranía material ó dogmática la tengan en prisiones. A la postre la libertad de la mente de seguro la inunda con toda la claridad del sol de mediodía.

Por eso, Señores Académicos, ni la multitud de tendencias y escuelas de que ligeramente llevo hecha memoria, fijándome en las principales sólo, y dejando aparte las que, por efímeras, con otras al fin duraderas se confunden, cual suelen los arroyos con los rios grandes; ni la diversidad de los tipos de belleza por los varios pueblos realizados en las sucesivas épocas de la historia; ni las injusticias críticas de unas veces, ni la licencia anárquica de otras; ni ménos la osada imprudencia de las opiniones individuales, han llegado á arrancar nunca de la conciencia de todo el género humano la certidumbre de

que el hombre posee y conoce algo más bello que cuanto la naturaleza, que él nació á dominar, por sí sola crea. Recuerdo anterior á la vida, idea innata, capacidad especial y propia para formar tales tipos, ó superiores ó nuevos, sea de ello lo que al cabo la metafísica y la razon quieran; esto que digo, en el entre tanto, no ménos es que un hecho evidente. A la verdad no por lícita sólo, mas por laudable, tengo yo la desconfianza de cada individuo en el asunto; que ¿quién ha de declararse posesor por sí mismo, sin usurpacion harto probable, de este dón precioso de comprender la verdadera belleza, bien que todos con certidumbre sepamos que Dios lo tiene otorgado y repartido entre los hombres? Nada más duro conozco para el individual orgullo, á tal propósito, que las páginas melancólicas del breve *Tratado de la gloria* que escribió aquel gran poeta Leopardi, sin rival él mismo, tocante á buen gusto, en prosa ó verso, por lo que hace á la Italia moderna. De sí propio allí confiesa que en su juventud no acertaba á descubrir en Virgilio sino medianas calidades de poeta, y que en edad madura no rara vez aún le acontecia el hallarse de suerte, que la lectura de Homero, Ciceron ó Petrarca no le producian placer alguno; tal, que si en ella continuaba, no era sino por la certidumbre que ya tenía de su mérito. Considerando á la par con esto Leopardi, el aplauso unánime con que son celebradas de ignorantes y doctos las obras que tienen por clásicas todas las lenguas, no acertaba á darse razon de ello sino juzgando que la fama misma exalta la imaginacion de todos los lectores, y aún más de los vulgares, y los dispone á recibir fácilmente

bienes de que por mano desconocida, no sin escrúpulo, se darían por pagados y satisfechos (34). No es, no, escepticismo amargo lo que hay en tales conceptos; ellos contienen la observación sagaz de un hecho, digno de explicación sin duda alguna. Por lo que rinde, á mi juicio, tal tributo á la obra de los siglos el hombre, es porque ya que en su propia conciencia fiar no deba, plena y justamente descansa al cabo en la de todos los individuos de su especie. Nótase cada día que hay gustos que de repente en la superficie de la sociedad se forman, y luego, por el uso solo, quedan ó proscriptos ó modificados en corto plazo; y estos que reciben el nombre de *moda*, en su propia veleidad están demostrando no proceder de raíz honda en el hombre. Pero otros gustos hay ya, que aunque al principio parezcan moda, se prolongan, no obstante, por grandes trozos de un siglo; y esto, que aconteció por ejemplo con el extravío del *romanticismo*, en las artes y en la sociedad misma, ya con evidencia señala, si no un origen perenne, un accidente real y quizás necesario en la vida humana, no indigno de estudio nunca por parte de la crítica y de la historia. De más profundos senos todavía parece como que ascienden y brotan los caracteres literarios y artísticos que llegan á predominar por períodos históricos completos, tales cuales aquellos que se denominan el siglo de Pericles, el de Augusto, el de Leon X, el de Luis XIV, y el que, desde ántes que comenzase á reinar Felipe II hasta la muerte de su hijo, *siglo de oro* solemos llamar en la cronología de la literatura patria. Aquí ya los hombres reconocen unánimes la aparición de generales armonías, de tipos semejantes y

subordinados á un ideal comun en las artes, que, en su limitacion y su orgullo, han solido tener luégo por exclusivos y únicos. De esto último pecó la escuela romántica, como he dicho, que en su totalidad y universal tendencia, ya que no en su peculiar extravío considerada, desde Hugo Fóscolo hasta Beranger, y desde Schiller hasta Gil de Zárate, tambien representa una faz completa en la historia del arte de la poesía. Hase visto en épocas tales verdaderamente realizada siempre una parte de la belleza suma y absoluta. Todavía, sin embargo, los caractéres predominantes en cada cual de ellas suelen hallarse entre sí en contradiccion aparente por más ó ménos espacios de tiempo, como se sabe que ha acontecido, por ejemplo, entre el arte griego y el gótico. No sé yo, con todo eso, si realmente el sentido unánime de los hombres ha negado ó contradicho alguna vez lo bello en los objetos, bien que esto, y mucho más, haya hecho la crítica erudita, dirigida por opuestos partidos ó escuelas. Registrando los cronicones italianos de los más toscos dias de la Edad Media, he hallado alguna vez, por el contrario, que los feroces mercenarios que destruian las estatuas paganas, solian reconocer de pasada su hermosura; y no tengo por averiguado tampoco el que fuese porque no las tuvieran por bellas, por lo que arruinaron venecianos y turcos los disputados monumentos de la Grecia. ¿Ni quién, Señores, cualquiera que haya sido el rigor del clasicismo arquitectónico, durante cierta época en España ha menospreciado ó desconocido un punto la belleza de sus catedrales insignes, ó entre los caballeros de Ávila, ó entre los mercaderes que trajo á Sevilla la con-

tratacion de las Indias? Mal que pesára á los sistemas rivales, siempre ha subsistido de por sí lo bello, cual *un no sé qué* prodigioso, *quisquis es ille Deus certè*, como le dijo Vida; superior á los arbitrarios errores de la inexperiencia individual, y á la encauzada violencia de las corrientes críticas. Porque eso de singular tiene la facultad de comprender lo bello en los hombres, que nunca en todos á la par desaparece, así como puede bien faltar en cualquiera individuo aislado, por más que en contrario presuma. Muchos hubo en los siglos medios, sin duda alguna, que saboreasen los versos de la *Eneida*, que á descifrar acertaban; muchos habia tambien, de cierto, hace un siglo, que sin contar con Vitrubio ó Vignola, gustasen de las torres alemanas, que levantan tan alto sus líneas agudas, sin cerrar nunca el paso al azul del cielo. De aquí que haya desconocido la crítica, en vano, la belleza de la Alhambra, concebida entre aguas y flores, y á vivir destinada entre las flores y las aguas; la de la cúpula florentina, que no pudo inventar el paganismo, porque él no buscaba siempre la idea de Dios hácia arriba; la de la poesía de Fray Luis de Leon, que, al revés de la de tantos, por el placer ó la gloria inspirada, nacia de la abnegacion y del ascetismo católico. Era el negar algo de esto, idéntico á contradecir la verdad pura: la cual, mejor que en la muchedumbre, reside á las veces en la conciencia de los individuos preferidos por el cielo; pero aquélla, tras de mayor ó menor titubeo, la proclama á la postre con incontestable justicia.

Ya con lo dicho, Señores, paréceme haber dado á entender bien claro dónde y cómo el criterio de la belleza

se halla siempre, en mi concepto.—No, en verdad, en las solitarias meditaciones de los filósofos ó en la experiencia de los preceptistas solamente, ni en ningun siglo, ni en ninguna nacion, ni á la sombra de ningun culto determinado. Ella es, porque es como Dios, como cuanto emana de Dios mismo. Hay que buscarla, pues, en el genio de los hombres, que Dios hace doblemente inmortales en la tierra y en el empíreo: hay que buscarla en el mundo y en el género humano enteros, que son la obra completa de Dios, y aunque no siempre á primera vista ó sin contradicciones, se encontrará de cierto. Inútilmente, á la verdad, la fatiga con lamentos el hombre cuando no acude con espontaneidad á sus citas; que ella tiene sólo ciertos dias destinados para eso en el espacio y el tiempo. Lo que hay que hacer, por de contado, es no tenerle cerrada, á la hora que ella llegue, la puerta con cancela de hierro; no trazarle de antemano para que habite estrechos palacios; contar, en suma, con que el arte, como todo lo que hay de noble en el hombre, no puede bien mostrarse cuando no es libre. Porque ¿á quién aquí ahora no estremece la idea de que, á haber vivido á tiempo de ser consultados los artífices que levantaron los admirables arcos apuntados de Leon ó Barcelona, no habriamos logrado que se labrasen, con todo eso, los plácidos arquitraves de *Poestum*, ni los severos arcos de la iglesia Escorialense, y por consejo, en cambio, del arquitecto de los Propyleos, jamas las fachadas de Strasburgo ó Colonia habrian llegado á su término, ni interrumpiria las soledades de la húmeda campaña de Roma la cúpula prodigiosa de San Pedro? Pues el género humano, en tanto, á todo ello, Se-

ñores, tenía por igual derecho. ¡Cuál se atreverá á negar, si no, al presente que el sacrificio á las reglas de uno solo de tales monumentos no habria sido un crimen aborrecible! Ni ¡quién deseará tampoco de véras ahora el que, á fin de conservar mejor la tradicion clásica, desaparezcan los versos de Calderon en una sima, ó que reine la inspiracion cristiana sola, á costa de que nuevas hogueras, como las pretendidas de Omar, quemem cuanto resta de los papyros paganos! No; tales frutos de otros siglos, como lo llamado clásico y *romántico* de nuestros días, deben conservarse á un tiempo; lo clásico y lo romántico sin duda hacian falta, cuando han tomado asiento en la historia; con lo clásico como con lo romántico, mirado uno y otro en sus aciertos, y no en sus respectivos extravíos, se han recogido por el arte distintos aspectos de la belleza eterna. Y ¡cómo he de pensar yo, tras esto, Señores, que haya otro tal legislador, ni preceptista tan atinado como la libertad para el hombre! No es de ella de quien hay que temer que arranque lo sobrenatural y lo inmortal del alto y necesario lugar que en el hombre y la sociedad están ocupando, ó que aparte á la razon del gobierno y direccion de las cosas temporales, ó que proscriba, en fin, á la imaginacion y sus flores del comercio humano. Ella, por el contrario, pretende conducir íntegros al hombre y sus obras por las sendas de la vida, con lo cual ha de progresar forzosamente siempre, y no ha de retroceder verdaderamente jamas. La tiranía, establecida un dia por los bárbaros, ejecutada otro por la violencia de los más ó de los ménos, que es en sus efectos idéntica, cuando no ya meramente impuesta ó por la soberbia ó por la ambicion

de los individuos, es quien de continuo aspira á mutilar al hombre, á la historia, á la naturaleza. Abriéndose camino, en tanto, por entre todas las violencias á la par, ya la libertad ha conservado mucho, y conservará más cada dia del creciente caudal de los tiempos. De seguro que, á depender de ella sola, no nos faltaria tanto como nos falta en la herencia feliz de las artes. Por dicha, áun nos resta bastante con que satisfacer la sed de belleza de los hombres, y con que estimularlos á descubrir otros manantiales frescos y nuevos; pero es menester que más no se les oprima en este punto en adelante.

No parecerá raro, sin duda, que con opiniones tales, tenga yo, á pesar de cuanto he dicho, al *romanticismo* por un favorable accidente, con sus extravíos y todo; y en su conjunto como una revolucion, no ménos que justa, oportuna. Lo fué, Señores, aunque sembrára de muchas dolorosas ruinas su camino, y bien que destruyera á las veces harto de lo que debió tener por sagrado. Penoso es, á la verdad, recorrer tales estragos y despojos, y triste de ver el ondear de las hiedras que cuelgan de los matacanes ó almenas abiertas, en las guerras pasadas, por los arietes ó los cañones vencedores. Mas, bien mirado, al presente ¿quién ha de insultar á aquellos antiguos cristianos de Roma que, por defender la Sede Santa del bárbaro Vitiges, lanzaron sobre sus godos un dia las estatuas admirables que coronaban el sepulcro de Adriano, ya por necesidad trocado en fortaleza? No hizo más el *romanticismo* intolerante, á lo que pienso, cuando desdeñó locamente todas las comedias de Moratin ó todas las anacreónticas de Melendez, y no ha de bastar eso solo, por

tanto, para condenar cuanto él hizo, sin excepcion alguna. Por útil lo contaria yo siempre, aunque no hubiera alcanzado á más que á restablecer el olvidado sentido de las cosas de la Edad Media; y bien que no hubiese acariciado otro intento que el de renovar el amor de los solitarios paredones que aquí ó allá señalan á los pasajeros todavía los nidos del antiguo honor y de la desusada caballería. Util, sin disputa, por otra parte, habria sido con sólo reproducir el concierto, tambien dichoso y dulce, de los dogmas cristianos con las artes góticas, que embellecen los trypticos, los relicarios, los claustros; y con descubrir no más que el parentesco secreto de las vírgenes bizantinas con las cantigas del autor de las *Partidas*, de las iluminaciones de los devocionarios manuscritos con las figuras extrañas que suelen poblar las hornacinas viejas de las iglesias de Alemania y Francia, de Aragon y Castilla. De aquella faz antigua, de aquella pasada armonía, de aquella unidad perdida, no se habian hecho cargo á tiempo los contemporáneos, en oracion siempre, ó siempre cargados de hierro: el *romanticismo* lo hizo todo revivir, y todo lo pasó por nuestros ojos felizmente. ¡Lástima, sin duda, que no hubiera sido consecuente con su principio, profesando igual respeto á todas las obras del arte! ¡Lástima tambien, por cierto, que, tanto de particulares misiones hablando, no acertase á comprender cuán grande en sí era la que le tenía conferida á él en su conjunto la historia! ¡Lástima, por fin, que, en lugar de sumarse hasta con el pseudo-clasicismo, si tal queria apellidar á su contendiente, prefiriese restarlo á éste del arte; que haciéndose, por lo mismo, el desdeñoso con la for-

ma, tanta parte de su propio caudal, á manera de bienes mostrencos abandonára; porque al cabo ningun autor posee como suyo sino lo que ha dicho como nadie! Pero en ello precisamente estuvo la parte de error que, con ser cosa de hombres, habia de tener el romanticismo por fuerza. Por lo que á mí toca, Señores Académicos, únicamente el deber inexcusable de hablar hoy pudiera haberme estimulado á decir sobre él, y el arte en general, mis opiniones; y sólo en la persuasion tambien de que aquella escuela en sus excesos de todo en todo pertenece á la historia, me propuse, como sabeis, juzgarla desde el comienzo de este discurso.—De uno que la amó en la infancia, mal podia temer hoy apasionadas censuras; pero delante del tribunal que me escucha, inútil, sobre indebida, por otra parte, cualquiera lisonja hubiera sido. Falta que en algo haya acertado; que no sería corta dicha en tamaño asunto.

Mas, ya que concluyo, Señores, permitidme que no me siente sin soltar un tanto la rienda á esperanzas que hasta este propio punto he refrenado. Fundadas ó no, suelen en verdad ser ellas apacibles al ánimo, y áun hay tiempos en que se complace por singular modo la mente con tener fe, por lo ménos, en las especulaciones intelectuales.—Aquella celeste armonía que en Grecia realizó por entero el arte, y que por desigual medida han alcanzado á producir otras épocas y pueblos de una manera inconsciente y espontánea, todavía es posible á mis ojos que con pleno conocimiento se alcance en lo porvenir. No porque hasta á definir la belleza renuncie ya el propio platonismo en ocasiones, pienso yo que ni aquel ade-

lanto, ni otro alguno, deba de antemano negarse á la razon humana. Quizás entre lo que se hace por instinto y lo que se ejecuta con reflexion está trazado el camino que ha de recorrer con su espíritu el hombre durante esta peregrinacion laboriosa. No he de negar yo, por lo mismo, la potencia de la mente para hallarles á las artes practicas su verdadera teoría. Méenos, si cabe, Señores, me rindo á pensar, con un gran filósofo, que esté ya terminada en el tiempo la mision de las letras y de las artes. Como se formó cierto ideal en la Grecia; como otro se crió lentamente en la Edad Media; como la época del *renacimiento* ó de la *reforma* tuvo tambien su espiritual concierto de creaciones artísticas, podrá asimismo hallar su ideal lo venidero, y formar su concierto propio en esta especial esfera de la perenne actividad del espíritu. En cada cual de las épocas que cito, una de las bellas artes ha guiado la inspiracion de las otras, alcanzando la mayor perfeccion en sí misma y subordinando las demas á su peculiar enaltecimiento y gloria. Así al *Teseo*, al *Ilisso* y las *Parcas* los frisos y dóricas columnas del Partenon servian como de pedestal solamente; y bien demuestra esta superioridad el Jove, de marfil y oro, de la Olimpia, que sólo cabia sentado debajo del techo de su templo, enano si se le comparaba con su excelsa grandeza. Pues si observamos, por el contrario, las esculturas de las iglesias góticas, á la legua se comprende que son ellas allí siervas de los altísimos arcos apuntados, lo mismo que las secas figuras que dan paso á la luz por sus ventanas. No de otro modo la pintura domina en el *renacimiento*; y la *música* en la época del *romanticismo* y de la libertad. Tocábale á ella, sin duda,

florecer ahora, para acabar de destruir el falso culto de la *imitacion de la naturaleza*, porque, ¿qué orejas, como decía ya *Plotino*, han oído nunca las melodías divinas que los músicos saben sacar del retiro del alma? Jamás las aguas ó los vientos del Rin ensayaron sinfonías semejantes á las de aquel niño prodigioso y aquel sordo sublime, que se llamaron Mozart y Beethoven; ni los ruiñones de Posílipo dieron el original de una sola de las frases celestes que en el pentágono estamparon Paisiello y Bellini. Con ellas lo ideal, lo infinito penetra hoy en nuestros sentidos terrenos, ó por la voz del hombre ó por las orquestas y órganos, lenguas sobrehumanas de los teatros y templos. Pero hay una de las artes, que es la poesía, la cual no ha tenido lugar ni tiempo señalado por principal hasta aquí, porque lo es ella en todos, y siempre en sí resume lo más exquisito de las otras. Ya este antiguo instrumento de los profetas ha intentado un consorcio más feliz que otro ninguno entre el espíritu cristiano y la forma pagana; entre aquel sentimiento real, pero casto y místico, que inspiró las mejores vírgenes de Roma ó Sevilla, y aquel otro purísimo y superior á los apetitos terrenos de la ideal forma humana, que más de una vez representó en las tres Gracias la escultura romana ó griega. Muchos años hace que desposó la poesía en el *Fausto* de Goethe solemnemente á la seductora *Elena* de la *Iliada* con el hijo infeliz del moderno espiritualismo escéptico. Distintas eran en este que en otros casos las tendencias morales é intelectuales; unas pueden ser, sin embargo, en el arte. ¿Por qué no hemos de procurar en el campo neutral que éste mantiene, la union dichosa de

que hablo, única en que podría al fin vivir con santa paz y ventura, la inextinguible aspiración á lo bello que reside en la humana fantasía? No hemos de renunciar fácilmente á tal esperanza deslumbradora los que con imparcialidad observamos ahora en las generaciones que á la vista tenemos. Ellas saben cuanto supieron todas, y pueden más que cuanto ningunas pudieran. ¿Han de dejar de apetecer, Señores, lo que otras de aliento menor no sólo apetecieron, sino alcanzaron? Basta tender los ojos por los palacios de la industria, este nuevo agente de la potencia creadora del hombre, para ver que lo que el siglo pretende no ménos es que encerrar de un golpe en sí propio la actividad entera del género humano. Nada olvida, nada desaprovecha, de nada prescinde de lo pasado; ántes lo perfecciona todo, lo concierta todo, como quien de todo ha de valerse más tarde. La poesía, aunque por el momento poco escuchada, tiene que ser quien conserve al cabo entre los hombres, con sus ideales creaciones, la semilla de los caracteres superiores, de que sin ella quizás despojaría al mundo el nivel ascendente de las naturalezas comunes. Sólo también la poesía puede contener en sus límites naturales á la gran ley del interés individual, por la cual inevitablemente se rige el maravilloso progreso material de los actuales tiempos. Por ella, pues, han de vivir todavía, mal que pese al humo negro de los talleres y á la matemática complicación de las nuevas máquinas de guerra, los bellos tipos del héroe clásico y del hidalgo romántico; que no en vano debió de hacer Dios que otras edades engendrasen, y que no más triste que inexplicable sería creer que dejaran algún día de

habitar para siempre en la tierra. La industria, que al fin ha de ser lo que en las buenas letras es la imprenta para otras artes, pretende conservar por su lado cuanto llega á fijar en la materia, con el poder de su espíritu, el hombre. Ya el modesto cristal multiplica con tal propósito y distribuye sin cesar por donde quiera los perfiles encantadores de los vasos griegos; ya contienen las porcelanas ó los vidrios coloreados, no los dibujos sólo, sino el color verdadero y la belleza completa de todas las escuelas pictóricas; mosaicos y tapices rivalizan con frescos y lienzos; el bronce, el hierro mismo, propio solo, no há mucho, de la reja ó de la espada, reproducen á porfía los grandes ejemplares de la belleza ideal, que era dado á tan pocos ver en las estatuas de piedra; y otros más preciosos metales repiten ademas, sin mengua alguna, las pequeñas pero preciosas composiciones, y los alegres tipos que el renacimiento inventára. Los tesoros, de otra parte, que guardan Aquisgran y Rheims, como Toledo, mil y mil veces por la industria copiados, fácilmente hacen partícipes, en tanto, á todos los altares y templos de cuanto dió de sí, para embellecer los objetos del culto, la fe de los primitivos cristianos. Y los sepulcros mismos etruscos ó egipcios, donde las mujeres hermosas de antiguos tiempos yacen, pródigamente devuelven al mundo ahora, para que otras mujeres hermosas aumenten aún, en los días de feliz y santo amor, sus atractivos las joyas delicadas, graciosas, ricas, que imita á porfía tambien, y con generosidad reparte por las altas, las medias y las bajas clases la industria moderna. Parece como que vemos precipitarse, en suma, todo lo pasado en lo presente, para ca-

minar ya en uno á lo venidero, y alcanzar en inaudita y total armonía la plenitud de los tiempos.

A estos doctos cuerpos, Señores, en la universal é incommensurable distribucion de las labores humanas, tócales una, en apariencia no grande, pero en sí de perspícua importancia. Han de custodiar ellos, como en sacro depósito siempre, la sintáxis, las frases, las voces propias con que se constituye la materia casi divina de la primera de las artes, que es, á no dudar, la de la palabra. Por luengos siglos tuvo así la Providencia guardado en los senos de algunas de las montañas helénicas é itálicas el mármol trasparente y sin mancha, que destinó primero á los dioses y á los héroes, y más tarde á los profetas y á los santos. Hacer las veces de la Providencia en aquel caso, es ya, no sólo útil, sino honrada obra. Pero todas las materias que el arte emplea poseen bellezas propias, con que acrecentar por dicha todavía la de los tipos ideales que representan, y aún hay sobre unas y otras, con tal motivo, contiendas. Los mármoles del Pentélico y de Páros, los de Carrara y Lésbos, dentro ya de una materia misma, se disputan así la preferencia para realizar los pensamientos del hombre, bien que sean blanquísimos todos, y todos deliciosamente reflejen alguno de los colores del cielo. Gloriosa empresa, puede ser pues la de la ilustre Academia que me escucha, si, no contenta con guardarla fielmente, también aspira á que merezca preferencias del arte, por la perfeccion sucesiva de la materia, esta rica lengua de Castilla, que nuestros antepasados formaron á tanta costa. Que no porque se eleve la mente á las ideas generales y á la contemplacion abstracta del

hombre en el universo, suele un punto enfriarse en los buenos el nativo amor á la patria; y en este punto, por eso, no sé yo representarme en la fantasía los hechos generosos que áun pienso que ha de llevar á cabo nuestra especie sobre la haz de la tierra, sin acariciar, Señores, al propio tiempo, con más placer que otra alguna en el alma, la esperanza de que la lengua que os está por fortuna confiada, frecuentemente preste materia en lo futuro á cuanto bello quede por realizar todavía, contribuyendo cual la que más, de esta suerte, á que cumpla aquí abajo el espíritu humano todos los fines providenciales de Dios.

NOTAS.

(1) Aludo á D. Serafín Estébanez Calderon, mi tío, que con el seudónimo del Solitario, y sin él, deja un nombre á la posteridad, que no sé si han llegado á estimar los contemporáneos en todo su precio.

(2) Giacomo Leopardi, gran crítico y maestro en materia de gusto, tanto como inspirado poeta, pensaba que la generalidad de los lectores se prendaban más *delle bellezze grosse e patenti, che delle delicate e riposte; e per l'ordinario più dal mediocre che dall'ottimo.*

(3) Francesco Milizia, *Dell' arte di vedere nelle belle arti del disegno*; Venecia, 1823.—Vicencio Gioberti calificaba, no obstante, en su tratado *Del bello*, el de Milizia, de *giudizio diritto é sicuro.*

- (4) Tales, tales perjuicios padeciendo
Está, buen Calderon, por vuestro antojo,
La nacion que burlasteis escribiendo.

De D. Juan Pablo Forner es este terceto, el cual dijo tambien en prosa *que la celebridad de Lope fué un golpe para el arte dramático.*—Véase en sus obras, tomo 1, Madrid, 1843, la sátira contra los vicios introducidos en la poesía castellana, que premió la Real Academia Española, en junta celebrada á 15 de Octubre de 1782.—Forner era, con todo eso, á no dudarlo, uno de los más ilustres mantenedores de la escuela llamada modernamente *clásica* en España.—Mi calificación es idéntica á la que de él hizo Quintana.

(5) *República*, lib. 2.^o

(6) La mayor parte de esta doctrina está tambien sacada principalmente de la *República*, libros 3.^o y 10.

(7) Véanse tambien el *Primer Hippias*, 6 de lo Bello; el *Banquete*, 6 del Amor; *Georgias* y *Fedro*, 6 sea de la Retórica y de la Belleza; *Ion*, 6 sea de la Poesía.

(8) *Les Ennéades de Plotin, chef de l'Ecole néoplatonicienne*, par M. N. Bouillet; París, 1857.

(9) Gioberti, *Del Bello*, capítulos 1, vi y viii.

(10) Victor Cousin, *Cours de philosophie professé à la Faculté des Lettres pendant l'année 1818.*—*Sur le fondement des idées absolues du Vrai, du Beau et du Bien.*

(11) Emile Saisset, *Examen critique de l'esthétique française.*—*Bibliothèque de philosophie contemporaine.*

(12) Véanse los de Charles Lévêque, *La science du Beau y L'Spiritualisme dans l'art.*—Tratándose de autores modernos franceses, merece especial mencion la reciente obra de Mr. Charles Blanc, intitulada: *Grammaire des Arts du Dessin*; 1867.

(13) Emile Saisset, obra citada.

(14) *Poética*, capítulo primero. Traducción de D. Alonso Ordoñez, corregida y publicada de nuevo por D. Casimiro Flores; Madrid, 1778.

(15) *Poética*, capítulos II, IV y IX.

(16) *Nueva idea de la tragedia antigua, ó Ilustracion última al libro singular de poética de Aristóteles*, por D. Jusepe Antonio Gonzalez de Salas; Madrid, 1778.

(17) *Carminum*, lib. IV, oda 2.^a

(18) *Epístola ad Pisones.*—No cito, por sobrado conocidos, los versos.

(19) *Carminum*, lib. III, oda 30.

(20) Francisco Cascales, *Tablas poéticas.*

(21) M. Hier. Vidae, *Poeticorum*, L. III.

(22) *L'Art poetique*, chant I:

Que toujours le bon sens s'accorde avec la rime.

(23) *L'Art poetique*, chant III.

(24) Francisco Pacheco, *Arte de la pintura*, cap. I; Madrid, 1866.

(25) *Dell'arte di vedere nelle belle arti.*

(26) *Riflessioni sulla bellezza e sul gusto della pittura*, publicate dal cavaliere Giuseppe Nicola d'Azara. La obra de Winkelmann, en la traducción de Carlo Féa dedicada á aquel ilustre español, se intitula *Storia delle Arti del Disegno, presso gli Antichi*; Roma, 1783.

(27) La Harpe, *Cours de littérature*, XVIII siècle.—*Les passions du jeune Werther.*

(28) Véase acerca de esto á Villemain, *Cours de littérature française*; 1840.

(29) Víctor Hugo; *Odes et Ballades*; prefacio de 1824.

(30) *Ensayos literarios y críticos.*—*Artículos acerca del estado actual de la literatura europea.*

(31) Véase en la Colección de sus obras, entre otras cosas, su carta *On the life and writings of Pope*, y tambien el juicio de Villemain sobre este poeta, en sus *Études de littérature ancienne et étrangère*; 1846.

(32) Ch. Bénard, *Cours d'Esthétique*, par W. F. Hegel; tomo V.

(33) Foucher de Careil, *Hegel et Schopenhauer.*

(34) Giacomo Leopardi, *Il Parini ovvero della gloria.*

CONTESTACION

POR

DON JUAN VALERA,

INDIVIDUO DE NÚMERO.

CONTESTACION

DON JUAN VALERA

INDIVIDUO DE NÚMERO

SEÑORES:

Pocos deberes en mi vida me han sido más gratos y más difíciles á la par que el que voy á cumplir ahora. Temo, por una parte, que la premura del tiempo y la cortedad de mi ingenio no consientan que yo conteste sino con pensamientos pobres y frases vulgares al elegante discurso, rico en erudicion y en ideas propias, que acabais de escuchar con muestras claras de aprobacion y deleite; y me alegro, por otra, de ser yo el elegido para dar la bienvenida, en nombre de nuestra Academia, á un sujeto con quien me une, desde hace muchos años, lazo de amistad, anudado y reanudado siempre por aficiones idénticas y por modos de sentir y de pensar muy semejantes en todo aquello que se refiere á las altas teorías del arte y de la ciencia, aunque á veces en los asuntos prácticos le hayan desatado divergencias ó desacuerdos lastimosos.

De esperar es que este lazo se estreche más en el seno

de la ilustre Corporacion donde vengo á recibir al Sr. Cánovas; y aunque llego muy tarde y la fama no ha menester de mi voz, como, por hallarme ausente, no tuve el placer de concurrir á su eleccion, me desquito, si no le sirvo, complaciéndome en declarar las razones que hay para considerarla acertada.

Nunca, ni en los momentos en que la política me ha apartado más del Sr. Cánovas, he desconocido, he negado, ó he tratado al ménos de amenguar la fuerza de estas razones. Nunca he escatimado al saber y al talento del Sr. Cánovas las alabanzas merecidas. Y siempre, áun cuando yo le mirase como al más acérrimo contrario en las cosas de la política, confiaba en él y le tenía por compañero, amigo y aliado en las literarias, no dudando de que, por amor á estas cosas, habia de estimarme, y habia de pagar con benevolencia y predileccion la justicia con que le apreciaba y le aprecio.

Á este buen concepto mutuo contribuia el haber el mismo maestro, á quien el Sr. Cánovas alude, infundido en ambos la aficion á ciertos estudios y el aliento para seguirlos. El Sr. Cánovas estaba ligado á él por parentesco muy cercano, y yo por amistad antigua y constante. Los dos mirábamos sus obras como tesoro y dechado donde daban gallarda muestra de sí el primor, la gracia y la riqueza de nuestra lengua nativa.

Criado el Sr. Cánovas en tan buena escuela, y cultivada con esmero por tan hábiles manos la planta fecunda y generosa de su ingenio, no es de extrañar que haya producido frutos en que lo espontáneo y temprano no daña á lo delicado y sabroso. Como de rico y perenne venero,

brotó la palabra de sus labios ó de su pluma, haciéndole apto en extremo para las lides del parlamento y de la prensa; pero no la enturbia el ímpetu con que corre, porque el saber le abrió de antemano un limpio y hondo cauce.

En su primera mocedad, cursando las aulas y estudiando con notable aplicacion el derecho, ya se adelantaba el Sr. Cánovas á los más hábiles periodistas. Poco despues se distinguió como orador parlamentario, y tomando parte muy principal en nuestras contiendas políticas, vino á ocupar las más altas posiciones y á ser uno de los corifeos y jefes de más nota y séquito entre los muchos que se disputan la gobernacion del Estado. No es del caso hablar aquí de sus opiniones sobre este punto, ni ménos juzgar su conducta; baste decir lo que está en la conciencia de todos, á saber, que entre los rápidos encumbraamientos de ahora, pocos habrá tan justificados como el suyo. Las pasiones y tareas de la política, que distraen y alejan del cultivo de las letras á tantos ingenios, jamas fueron bastantes á entibiar en el alma del Sr. Cánovas el ferviente amor al estudio, á las artes y á la poesía. Nacidas de este amor son várias correctas é inspiradas composiciones en verso; una novela, *La campana de Huesca*, donde la pureza del lenguaje, la maestría precoz del estilo y la viva lozanía de la imaginacion, guiada por un conocimiento nada comun de la historia, concurren á trazar un cuadro fiel y animado de nuestra Edad Media, en el momento importantísimo en que Aragon y Cataluña se unen; y algunas obritas históricas que por la claridad, verdad y buena crítica con que en ellas se narran los suce-

sos, y por el tino con que están juzgados, abrieron, años há, al Sr. Cánovas las puertas de otra Real Academia.

De la fecundidad del ingenio del Sr. Cánovas y de su aplicacion sin duda que áun pudiera esperarse mayor número de escritos, á pesar de lo agitada y afanosa que es la vida pública; pero la poca atencion del vulgo de los españoles, y su falta de curiosidad y de interes áun para los escritores que mejor conoce y que más se inclina á reverenciar y á recibir con aplauso, son rémora hasta de las voluntades decididas y de los propósitos firmes.

Este desvío del vulgo, sin embargo, si bien enfria el ardor de producir, no apaga ni aquieta la sed de saber, la cual ha perseverado siempre en el alma de nuestro compañero, moviéndole á buscar y á no desaprovechar las ocasiones de satisfacerla. La más propicia y mejor empleada ha sido su permanencia en Roma durante dos años. Allí, en aquella capital del orbe católico, á la vez que foco de la divina luz y de la sabiduría eterna que ilumina á los hombres en este mundo, centro del buen gusto, patria ó refugio de las nobles artes, cuna de la ciencia profana, y escuela jamas decadente de clásica erudicion y de sana filosofía, el Sr. Cánovas ha ensanchado el horizonte de sus ideas, ha depurado su criterio estético, y estudiando los grandes modelos artísticos y literarios de la antigua civilizacion griega y latina, ha logrado adquirir la firmeza y la rectitud de juicio que avaloran el discurso á que debo contestar, y la copia de conocimientos que en él se cifra y resume.

En mi contestacion no me incumbe impugnar nada, porque sustancialmente estoy de acuerdo con todo. Mi

contestacion va, pues, á ser un mero comentario del discurso, pero comentario incompletísimo, porque ni tengo vagar para más, ni el recelo de molestar demasiado vuestra atencion consentiria que yo me extendiese, áun cuando le tuviera.

La afirmacion capital del Sr. Cánovas no puede ser más atrevida: proclama el arte ilegislable, le da libertad, y en cierto modo tilda los preceptos de inútiles y hasta de nocivos. Los preceptos atajan el paso á la inspiracion, y abatiendo la fantasía, no consienten que vuele y se explaye por los inmensos espacios inexplorados. El Sr. Cánovas se atreve á formular seriamente sentencias que Moratin formulaba por ironía y sarcasmo. Salvo la diferencia en el tono y en la expresion, casi suenan las palabras del Señor Cánovas como si dijeran, con el autor de *El Sí de las Niñas*, que por culpa de los preceptistas,

Cobra la osada juventud espanto
Y se malogran furibundos vates;

esto es, que Tirso y Calderon, por ejemplo, se hubieran malogrado, no hubieran escrito jamas *El condenado por desconfiado*, *El burlador de Sevilla*, *La devocion de la Cruz* y *La vida es sueño*, si hubieran pensado sólo

En Baquis, Menedemo y Antifila,

y hubieran empequeñecido sus creaciones, vaciándolas en la turquesa que dejó Terencio.

Entendido esto como debe entenderse, es tan exacto, que no puede serlo más. Porque no se niega ni se negará nunca que la parte mecánica, por decirlo así, de cada arte,

que lo que no constituye propia y esencialmente el arte, esté sujeto á reglas; lo que se niega es que lo esté el arte mismo. Es evidente que el poeta no puede sustraerse á las reglas de la sintáxis, de la prosodia y de la metrificación, y mucho ménos á las del sentido comun, la moral, la lógica y la decencia. A esto no puede sustraerse nadie, sea poeta ó no lo sea. Esto es anterior á toda poesía y á toda prosa. Es evidente, ademias, que el pintor y el escultor se sujetan á los principios matemáticos de la perspectiva y á los datos empíricos de la anatomía externa, el arquitecto á las leyes de la estática, y el músico á las no ménos irrevocables leyes de la armonía. Pero todas estas leyes pesan sobre artes auxiliares, y en cierto modo serviles, sobre una práctica aplicacion de la ciencia, más no sobre el arte mismo, en toda su pureza, el cual está libre y exento de legislacion.

En cuanto el arte tiene por objeto la creacion de la belleza, el arte es libre. La belleza es divina é inexplicable. Los filósofos, hace muchos siglos, trabajan en vano por determinar la idea de la belleza. Ahora bien, sobre una idea vaga, confusa; sobre una idea que no se comprende, que se nos manifiesta como por revelacion, ¿qué es lo que puede legislarse? Se filosofa, se discurre, se dicen sutilezas, discreciones y profundidades grandísimas acerca de esta idea, y con el intento de explicarla; pero no se dan leyes para producirla. La ciencia, ó mejor dicho, la filosofía segunda, que trata de la belleza, es lo que llaman *Estética*. Cuando trata de las facultades que hay en nuestra alma para crear ó percibir lo bello, se relaciona con la psicología; con la teodicea ó con la ontología, cuan-

do trata de contemplar la belleza como objeto, como modo del Sér, como atributo soberano de la Divinidad; pero siempre la belleza en sí es indefinible.

Hay otras ideas absolutas, que el hombre comprende bien dentro de los límites de su entendimiento; otras ideas absolutas, que el hombre determina y define. No así la de lo bello. Y con todo, de la idea de la justicia no nace propiamente un arte, sino una ciencia, el derecho; y de la idea de la bondad no nace propiamente un arte, sino una ciencia, la moral. Cierto es, además, que hay leyes morales, y cierto que hay leyes justas; pero las ideas de lo bueno y de lo justo son tan claras, tan notorias y tan determinadas, que toda alma humana comprende lo que las contradice y lo que las constituye en su esencia. De aquí los axiomas imperativos, claros como la luz meridiana, sobre los cuales se levanta con solidez inquebrantable el edificio de la moral y de las leyes. Pero ¿dónde está la idea clara de la belleza? ¿Dónde los axiomas imperativos que emanan de esa idea y que han de ser el fundamento de las reglas artísticas?

Desde Platon hasta Hegel se han afanado inútilmente los filósofos por determinar y definir esta idea. Platon, en el *Grande Hippias*, destruye todas las definiciones que un sofista da de la belleza. Lo bello no es ni lo útil, ni lo agradable, ni lo conveniente, ni lo simétrico, ni lo proporcionado; pero ¿qué es? Sócrates se contenta con burlarse del sofista, y con exclamar que *lo bello es difícil*. Tan poco se ha vencido esta dificultad desde Platon hasta ahora, que Gioberti define la belleza *un no sé qué de inmaterial y de objetivo, que se presenta al espíritu del hom-*

bre y le atrae y arrebatada. De esta definicion, que no es definicion, se deduce que la obra del artista es revestir de una forma sensible esa idea inmaterial, ese *no sé qué* objetivo y misterioso. ¿Quién podrá dar reglas al artista para que se apodere de ese *no sé qué* y nos le haga perceptible por los sentidos? Del artista se puede decir, por consiguiente, *sus fueros, sus bríos, sus pragmáticas, su voluntad.* Acaso en su voluntad, en el amor, que es *apetito de belleza*, reside el resorte, la fuerza, el principio del arte, que nos hace buscar lo bello en sí, lo bello ideal, realizándole algo en las bellezas particulares.

El estudio y la observacion, y la comparacion de estas bellezas particulares, no pueden elevarnos sino ocasionalmente, excitando nuestro deseo, hasta la belleza ideal. Por el contrario, la comparacion y la eleccion de las bellezas particulares presuponen una idea anterior y como innata de lo bello en sí, la cual sirve de norma y pauta para elegir y para desechar, y áun para fijar y agrupar lo elegido en ajustadas proporciones.

Si Praxiteles, para esculpir su Vénus, eligió lo más hermoso de muchas *heteras* griegas, y lo combinó y agrupó, reduciéndolo á cierta unidad armoniosa, así la ley de esta unidad, como la idea preconcebida de la hermosura, que dió fundamento á su eleccion y á su juicio, estaban en él de antemano. El juicio estético, que cuando va acompañado de la inspiracion es el genio, y que se llama buen gusto, cuando no crea, sino que falla y decide sobre lo creado, tiene, pues, por base una nocion *à priori* de la belleza. Hasta los que entienden del modo más grosero que el arte es imitacion de lo natural tienen que conve-

nir en esto. ¿Cómo copiar ó distinguir la belleza, si no se concibe previamente lo que es? Resulta, por lo tanto, que para todas las escuelas y sectas es innegable que, sin una noción previa de lo bello, el juicio estético no es posible.

Sin embargo, no bien se afirma esta tésis, la antítesis asalta nuestro espíritu y forma con ella la *antinomia* de Kant. El juicio estético se funda sobre una noción, porque, si no la hubiese, no habría derecho á declarar que tal cosa es fea ó es hermosa, que tal obra de arte es bella ó no lo es; y el juicio estético no se funda sobre noción alguna, porque, si la hubiese, se podría determinar cuál es, y no se determina. Dicha noción es un *no sé qué*, una idea trascendental, *inexponible*, un *abstractum* oscuro, confuso, inasequible á nuestro entendimiento. Y con todo, sobre esta noción inasequible para el discurso, y concebida por el sentimiento de un modo intuitivo, se funda el juicio estético y la inspiración del artista.

Todas las definiciones de la belleza sólo sirven para demostrar que la belleza no se puede definir. En todas va incluido el *no sé qué*, si bien no tan francamente como en la de Gioberti. Kant, por ejemplo, dice que la belleza es *la forma de la conveniencia final de un objeto, en cuanto está reconocida en él sin la noción de un fin*. Lo cual significa que lo bello no es lo útil, porque lo útil es lo conveniente á un fin que conocemos, como la enseñanza; ni es lo agradable, porque lo agradable es lo conveniente para agradar, fin también conocido y fuera del objeto bello, y fin relativo, porque lo que agrada á los unos puede no agradar á los otros. Luego hay otro fin, del cual no tenemos noción, y la conveniencia con este fin desconocido es lo bello.

Pictet asegura, y con razon sobrada, que es muy desagradable esta situacion en que Kant nos deja; pero no veo que nos hayan sacado de ella sus sucesores. Scheling, Fichte, Hegel, Cousin, Krause, Solger, Vischer y otros mil tratan de despejar la incógnita, y no lo consiguen ninguno. Cada cual discurre sobre la belleza en consonancia con su sistema de filosofía fundamental, y como no concuerdan en los fundamentos, no concuerdan tampoco en lo secundario. Con todo, filósofos y no filósofos, poetas, críticos y aficionados á las artes, aún cuando sean legos, convienen en que hay belleza, y se forman un criterio comun para reconocerla y juzgarla, pues de otro modo no habria poema, ni pintura, ni estatua que fuesen universalmente declarados bellos, como sin duda los hay. Lo extraño es que este criterio comun no se funda en principios comunes, sino en un sentimiento comun de los hombres superiores, en el que asienten los demas, viniendo á corroborarse por la aprobacion y el acuerdo de muchas generaciones á veces, y viniendo á sustentarse, más que en demostracion, en fe ó creencia. Leopardi, en su admirable tratadito titulado *Parini, ó de la gloria*, que cita el Sr. Cánovas, prueba, aunque exagera, esta verdad, y sostiene, contrayéndose á los escritos, que su belleza es gustada y comprendida de pocos hombres.

Se diria que Leopardi glosa la célebre sentencia de Plotino, de que *sólo el que es hermoso entiende de hermosura*. La hermosura no se demuestra, se siente, y sólo el que la crea en sí la siente fuera de sí. Así es que Leopardi dice: «Á menudo me maravillo, pongo por caso, de que Virgilio, ejemplo supremo de perfeccion para los escritores,

haya alcanzado y se mantenga en tanta altura de gloria. Porque, si bien presumo poco de mí mismo, y creo no poder gozar jamás de cada parte de todo su mérito y de todo su magisterio, todavía doy por cierto que el mayor número de sus lectores y encomiadores no descubre en sus poemas más de una belleza por cada diez ó veinte que á mí, con el mucho leerle y meditarle, se me muestran al cabo. Por donde yo me llevo á persuadir de que la elevada estimacion y reverencia hácia los sumos escritores proviene, por lo general, en quien los lee y estudia, más de costumbre ciegameamente abrazada, que de juicio propio y de conocer su valer por ninguna manera. Me acuerdo del tiempo de mi juventud, cuando al leer los poemas de Virgilio con plena libertad de juicio, por una parte, y sin cuidarme de la autoridad de los otros, lo cual no es frecuente, y por otra parte, con impericia propia de aquella edad mia, mas acaso no mayor de la que en muchos lectores es perpétua, me resistia yo á convenir con la sentencia universal, y no descubria en Virgilio mucha mayor hermosura que en los poetas medianos.» Y luego añade: «En suma, yo me pasmo de que el juicio de pocos, aunque recto, haya podido vencer el de infinitos, y producir en la generalidad de las gentes aquella costumbre de estimacion, no ménos ciega que justa.»

No seré yo quien niegue que la misantropía espantosa de Leopardi encarece demasiado y limita la facultad de juzgar y discernir la belleza artística; pero no dudo tampoco de que esta facultad es ménos comun de lo que se cree.

Lo cierto es que el criterio con el que se juzga de las

obras de arte se funda en el sentimiento más que en los principios. Las reglas, los preceptos sirven, sin duda, para las cosas que son de sentido comun, que están por bajo del arte, mas no para el arte mismo. Cuando Moratin critica, por ejemplo, el *Hamlet*, yo le doy la razon en casi todos los defectos que pone; yo convengo con Moratin; yo no niego los extravíos, las rarezas, las incorrecciones, los errores y hasta los absurdos de Shakspeare. El reconocerlos y confesarlos no exige mucho más que un poco de sentido comun; pero la crítica positiva del *Hamlet* no la hizo Moratin. Apénas entrevió una belleza de cada ciento en aquel poema dramático. Casi se puede afirmar, como afirmaba un autor inglés, que el *Hamlet* era para Moratin el *libro de los siete sellos*.

De lo expuesto se deduce que si las reglas no sirven para conocer la belleza sustancial, y mucho ménos para crearla, sirven para precaver ó condenar esos extravíos y lunares que empañan y turban la belleza; extravíos y lunares que, merced al ingénito y exquisito buen gusto de los griegos, no se advierten jamas en las obras del gran siglo de oro de su literatura, y sí se advierten, por desgracia, en los autores más ilustres de Inglaterra, de España y de otras naciones. Pero estas reglas se limitan sólo á las que dicta el mero sentido comun. Cuando van más allá son arbitrarias y están basadas en un empirismo incompleto; quieren encerrar todas las creaciones posibles del ingenio humano en ciertas formas ó moldes ya conocidos y declarados buenos, y todo lo que no sale vaciado de estos moldes, todo lo que no se ajusta á estas medidas, parece bárbaro y monstruoso. Ya se entiende que de es-

tas reglas arbitrarias es de las que el Sr. Cánovas anhela libertar el arte. Con ellas, y ateniéndose á ellas, si la veneracion de los siglos no lo vedase, hubiera condenado el pseudo-clasicismo de Francia áun muchas obras maestras de la musa helénica. Con ellas, y ateniéndose á ellas, condenó Voltaire, que no tenía reparo en sacudir el yugo de la autoridad, no sólo á Milton, sino al mismo Homero, de quien se burla como de un bárbaro groserísimo. Ateniéndose á las reglas, y siguiéndolas con lógica rigurosa, las tragedias de Esquilo son malísimas, peores que las de Montiano y Luyando, y la *Enriqueida* de Voltaire vale indisputablemente más que la *Iliada*. Si esto no se ha declarado sin rebozo, es porque la autoridad de cien generaciones ha impedido que se deduzcan las consecuencias lógicas de las premisas que se habian sentado.

No se crea que la concepcion del arte por el primero de los preceptistas, como una imitacion de la naturaleza, haya sido el principal fundamento de esta crítica estrecha, externa y negativa. Aristóteles, como el Sr. Cánovas conviene en ello, entendió de un modo más alto la imitacion de la naturaleza. La naturaleza era para él, no sólo todo lo existente, sino tambien todo lo posible; no sólo todo lo real, sino tambien lo ideal. El universo poético de Aristóteles se extendia mucho más allá del universo visible; tenía por límites lo infinito; por leyes las del entendimiento humano, que le habia creado. Ni se puede creer tampoco que, si se conservasen completos los libros de Aristóteles de la *Poética*, y otros en que hubo de tratar de lo bello, no habria dejado este genio maravilloso rastros de una concepcion más sublime y completa de tan oscura idea.

De todos modos, el arte, en la época llamada del renacimiento, no se contentó, por fortuna, con lo que sabemos de la doctrina aristotélica, ni con la somera interpretación que se le dió despues. A más de los altos pensamientos y sentimientos de la doctrina católica, que entónces ejercian sobre el arte benéfico y sobrehumano influjo, una clara y abundosa corriente de platónica filosofía le penetró todo y le alzó á más puras y sublimes esferas que lo que de la mera imitacion de la bella naturaleza hubiera podido esperarse. Ya el Dante concibe una teoría del arte inmensamente superior á la de los preceptistas. La belleza es un elemento ideal, incorruptible, que resplandece en todas las cosas, en unas más, en otras ménos, segun la capacidad que tienen para guardar este sello divino, segun son más ó ménos diáfanas para recibir en su seno y trasmitir esta luz increada, la cual

*Per sua bontate il suo raggiare aduna,
Quasi specchiato in nuove sussistenze,
Eternalmente rimanendosi una.*

Esta belleza una no puede, con todo, fijarse limpia y distintamente en las cosas naturales, porque carecen de la transparencia y tersura que para ello hubieran menester, y porque la pequeñez de ellas no da espacio á la imágen. Por eso el fin del artista en sus creaciones es hacerlas tan tersas y tan grandes espiritualmente, que sean capaces de la imágen de lo bello y de reflejar su brillo, *quasi specchiato*, como en un espejo.

Casi todos los poetas y artistas del renacimiento siguen más esta doctrina que la de Aristóteles, y ponen el cono-

cimiento de la belleza universal, absoluta, como principio del arte. Miguel Angel dice que al nacer le fué dada esta belleza, como faro que le guia. «Sólo esta belleza, añade, eleva mis ojos á aquella altura en que se clavan cuando me apercibo á pintar ó á esculpir, y son necios y temerarios los que afirman que proviene de los sentidos la belleza que mueve y levanta hasta los cielos á un entendimiento sano.» Pero quien declaró con más elocuencia esta teoría fué el conde Baltasar Castiglione, amigo, consejero y oráculo de Rafael. «El cuerpo, dice, donde la belleza resplandece no es la fuente de que nace; al contrario, como la belleza es incorpórea, es un rayo divino, pierde mucho de su dignidad al unirse á un objeto corruptible, y es tanto más perfecta, cuanto ménos de él participa, y sólo es perfectísima cuando de él está separada del todo.» Y así sigue, en las últimas páginas de *El Cortesano*, poniendo en boca del Bembo el más sublime razonamiento sobre la belleza y el amor. Se diría que el amor, *creatore d'ogni pensier buono*, es tambien fundamento del arte, y su primera y casi su única regla, condicion y norma. El magnífico Lorenzo de Médicis no se creyó verdadero y excelente poeta, como sin duda lo fué, hasta que se sintió enamorado, dándonos su enamoramiento como causa de su poesía.

Los poetas y artistas del renacimiento otorgaban, además, mayor libertad al arte que los del siglo de Luis XIV, y no se ceñían tanto á la imitacion de lo antiguo; porque, como dice el ya citado Castiglione, «sería gran miseria fijar un término y no pasar más allá de aquello que hizo el primero que escribió, y desesperar de que tantos y tan

nobles ingenios puedan hallar nunca nuevas formas de decir; pero, en el día, hay ciertos escrupulosos, los cuales, haciendo como una religion y unos misterios inefables de las letras, espantan á quien los oye, y muchos hombres nobles y letrados cobran tanto miedo, que apenas osan abrir la boca.»

Cobra la osada juventud espanto.....

como decia Moratin.

En suma, yo veo en todo el libro primero de *El Cortesano*, donde Castiglione trata del arte, una declarada tendencia á libertarle de la imitacion y á abrirle nuevos senderos, por medio de la libertad.

Lo que principalmente tiranizó las imaginaciones, sobre todo en el siglo XVIII, y lo que encerró la poesía y las otras artes en carriles trillados y angostos, fueron las reglas sobre lo esencial del arte mismo, fundadas, más que en principios, en una experiencia pobre, inadecuada y exclusiva de modelos determinados. Apenas se concebía entónces que hubiese habido nada bello, ni culto, ni digno de imitacion y estudio, sino las producciones de cuatro épocas marcadas en la historia, y de cuatro civilizaciones. Fuera de los siglos de Pericles, de Augusto, de Leon X y de Luis XIV, estaban las tinieblas palpables. La luz de estos cuatro siglos no se extendía mucho en el tiempo, y mucho ménos se extendía en el espacio. El exclusivismo llegaba á veces hasta el extremo de no admitir como estimables sino las obras literarias de griegos, latinos y franceses, en las edades mencionadas. Del famoso siglo de Leon X, esto es, de la Italia del renacimiento, se ensal-

zaban mucho las artes, mas no la literatura. Boileau deja ver el desden con que la mira :

*Evitons ces excès. Laissons à l'Italie
De tous ces faux brillans l'éclatante folie.*

Es verdad que añade en seguida :

Tout doit tendre au bon sens ;

dando así el *bon sens* como fin y término de la poesía. El gran teatro español es designado por Boileau como un espectáculo grosero. De la Edad Media nada conoce. Sabe poco de la literatura inglesa y de la italiana.

Posteriormente Voltaire, con un espíritu más comprensivo, á pesar de sus preocupaciones literarias y antireligiosas, fué más justo é imparcial. Apreció y dió á conocer la literatura inglesa; dijo de nuestro teatro que era superior al de las otras naciones, y que cuando la tragedia apareció en Francia con algun brillo, debió mucho á sus imitaciones de la escena española; y declaró que las novelas, las ficciones ingeniosas y la moral y la historia se habian cultivado en España con un éxito grande.

No era éste, sin embargo, el modo de sentir general. Desde que empezó, en el reinado de Luis XIV, á predominar el gusto frances, y á ejercer la cultura francesa una presion tiránica sobre todos los demas pueblos de Europa, lo general era menospreciar la literatura castiza y propia como bárbara y grosera, tener por ruda toda poesía popular, y no estimar sino los remedos eruditos y artificiosos de griegos y latinos. La famosa definicion de que el arte es la imitacion de la naturaleza se vino á enten-

der cada vez de un modo más sensualista, y sin embargo, nada ménos natural que aquella literatura, que imitaba la naturaleza; nada más simétrico, más convencional y más afectado y amanerado. Aun dentro de la escuela sensualista, y entre los sectarios de la imitacion de la naturaleza, se levantó Diderot contra lo poco natural de esta imitacion; y, en defensa de la naturaleza verdadera, censuró la falsa y cubierta de colorete, que se suponía ser la hermosa. El influjo de Batteux, principal legislador del pseudo-clasicismo, fué, con todo, inmenso y durable en los pueblos europeos.

Este influjo está magistralmente pintado por el señor Milá en las siguientes palabras: «A pesar de no pocas y muy venerandas excepciones, el errado concepto que se formó de la naturaleza de la poesía, la preferencia que de ordinario se dió á mostrar artificio y agudeza sobre conmover y entusiasmar, y la extremada y falsa imitacion de los antiguos griegos y romanos, han conducido al arte á un estado general de abandono y postracion, hasta que casi en nuestros dias se ha dado más valor al sentimiento de lo bello, se ha enriquecido la teoría de la poesía con el atinado estudio y profundo conocimiento de diversas literaturas antiguas y modernas, y se la ha realzado, señalando su natural y primitiva alianza con la alta filosofía.»

Várias son las causas que han concurrido á acabar con esta tiranía, á hacer esta revolucion, que el Sr. Milá y el Sr. Cánovas aplauden, y á darnos la libertad, que proclaman y juzgan conveniente.

La primera de estas causas fué, sin duda, la aparicion

y desenvolvimiento de una nueva disciplina: la estética ó filosofía de lo bello. Desde Plotino, Filostrato y el maestro de la gran Zenobia, en el siglo tercero de la era cristiana, nadie, sino muy de paso, habia filosofado sobre este punto; nadie, mucho ménos, habia pensado en dilucidarle en un tratado especial. No habia más que los preceptistas, que los estéticos rutinarios y prácticos. El fundador de la estética filosófica fué un discípulo de Leibnitz, un espiritualista: Alejandro Baumgarten. Mendelssohn y el gran Lessing le siguieron; el gran Lessing, á quien no pocos de sus más jactanciosos compatriotas ponen al lado de Arminio y de Lutero, como uno de los tres libertadores de la raza germánica del predominio de la raza latina.

A par de los filósofos, vinieron tambien por aquel tiempo á reformar y levantar la crítica en Alemania algunos sabios, conocedores de las bellas artes, artistas y poetas, como Herder, Mengs, Winkelman, Goethe y Schiller. Los últimos, así como Lessing, unieron el ejemplo á la teoría.

Este movimiento acabó en Alemania con el pseudo-clasicismo frances, y levantó sobre la doctrina de la imitación la libertad de la fantasía, del genio, de la virtud creadora.

Miéntas tanto las guerras napoleónicas, y el empeño del emperador frances de imponer su yugo á las grandes naciones de Europa, despertó en muchas de ellas el espíritu nacional y el amor á lo propio y castizo. Coincidió con esto que en parte, por efecto sin duda de haber presenciado los hombres tantas novedades, revoluciones y

trastornos, se despertó la facultad de comprender mejor lo pasado, y de concebirle y representarle mejor; algo como una segunda vista histórica. El saber de las cosas que fueron se hizo más general y más profundo, y se falló con más tino y mejor aviso y noticia sobre cada momento de la civilización, sobre las creaciones literarias y artísticas de todos los pueblos y de todas las edades. Confieso que á veces degeneró esta afición á lo nacional, espontáneo y castizo, hasta un extremo vicioso, como si debieran preferirse los aullos de los caribes á las odas de Horacio, y el vito de los gitanos, la *timorodea* de las mozas de Otahiti y el tango de los negros á la danza magistral, graciosa y mesurada, que compuso Débalo para solaz y recreo de la rubia Ariadna; pero por lo comun fué muy útil y saludable este conocimiento y juicio sobre todas las literaturas, y este aprecio elevado de las artes de todas las naciones.

Los horrores de la revolución francesa, los extravíos de la incredulidad religiosa, que habia venido á fundar un paganismo nuevo, y la grosería del sensualismo y del materialismo, produjeron además una reacción, que se extendió á la literatura. La Edad Media fué lo ideal de la poesía, y el catolicismo su más pura fuente. Los hermanos Schlegel hicieron, movidos de este espíritu, la apoteosis de Calderon, y Chateaubriand compuso, en *El Genio del Cristianismo*, una como arte poética, donde trata de demostrar que hasta para máquina de un poema valen más los seres sobrenaturales de nuestra religion que los dioses y semidioses de la fábula. Esta doctrina llegó tambien á exagerarse, y en la práctica produjo composiciones

en que lo asqueroso, lo repugnante y lo sepulcral daban grima, como, por ejemplo, la *Leonora* de Bürger.

Todas estas novedades sirvieron de elementos para la formación de una nueva escuela literaria y artística, que se llamó el romanticismo, la cual, á vueltas de no pocas extravagancias y exageraciones, nacidas casi siempre del corto saber de algunos sectarios, trajo consigo dos grandes ventajas: un concepto más noble, más espiritualista y más trascendental del arte y de la belleza, y la abrogación de las reglas arbitrarias y convencionales.

No cabe duda que á este movimiento revolucionario debe España una época brillante y fecunda de actividad en letras y artes; época que, si bien muchos creen que terminó ya, me parece que dura todavía, dándole yo igualmente mayor extensión en su origen. No la hago yo nacer con el romanticismo propiamente dicho, sino con el sacudimiento que produjo en España la revolución francesa, y con el gran levantamiento nacional contra Napoleón. Quintana, el más inspirado y sublime de nuestros líricos, después de Fray Luis de León, abre este período, ensalzando la libertad, la patria y el progreso humano; y en este período brillan, entre otros menores poetas, dos tan eminentes como Espronceda y como el Duque de Rivas.

Ya he dicho que el conocimiento y el estudio de todas las literaturas contribuyó mucho á la perfección de las teorías artísticas y á poner en claro que lo bello cabe en todas las formas y puede darse en todos los géneros y maneras. Los griegos y latinos no fueron sólo ya los imitados. Cada pueblo se volvió en busca de inspiración

poética, así á las fuentes de su propia y popular literatura, como á otras que ántes se habian menospreciado y desconocido. Las leyendas bretonas, los romances, las canciones de gesta, los versos de los trovadores, los sagas escandinavos, la poesía cristiana de los primeros siglos y de los siglos medios, los poemas colosales de la India y de la Persia, y los vigorosos raptos líricos de los hebreos y de los árabes, fueron objeto de admiracion y de estudio. Hasta los mismos clásicos griegos y latinos, así como la civilizacion que retratan y de que nacen, se interpretaron y conocieron mejor que los conocieron é interpretaron quienes los tenian por casi exclusivos modelos de toda belleza. Guillermo Guizot, Maury y Patin, entendieron mejor sus obras que Boileau, Barthelemy y Dacier. En un principio, el cosmopolitismo y el *panfilismo* literarios indujeron á muchos á no apreciar como debian los clásicos griegos y latinos; pero ya se ha disipado este error y queda relegado entre los ignorantes y extravagantes. Todo hombre de buen gusto piensa, en el día, que, salvo las poesías de los libros santos, inspirados por Dios, no hay más perfectos modelos de belleza que los que la musa helénica ofrece, y los que, imitándolos, produjo en Roma el siglo de Augusto. Es más: en la patria del pseudo-clasicismo, en Francia, en el país desde donde se divulgó la doctrina del atildamiento y del remedo servil de las obras de Grecia, y donde la reaccion debió ser y fué más fuerte, el vate que debe considerarse como el generador de la gran poesía lírica moderna de aquel pueblo, y hasta como el jefe de los románticos, es un imitador sabio y discreto de los griegos,

y él mismo tenía sangre en sus venas de aquella raza privilegiada y había nacido en aquel suelo inspirador. Hablo de Andres Chenier, del autor de *La Joven cautiva* y de la oda *Á Carlota Corday*. De él dice el más audaz, el más anárquico, el más despreciador de todo freno entre los poetas románticos franceses, que el Pegaso deforme que nos pinta, y que requiere siempre un palafrenero divino, le tuvo primero en Orfeo, y en Andres Chenier por último. De esta suerte paga Víctor Hugo espléndido tributo de admiración al imitador de Teócrito, de Catulo, de Tibulo y de Virgilio, y pone bajo su custodia el monstruo indomable, que ha roto los lazos,

qu'ont tâché de lui mettre aux ailes
Despréaux et Quintilien,

y sobre el cual cavalga el genio y se lanza en los abismos ignorados.

Conforme en todo con el señor Cánovas en la creencia de que el arte y la poesía son inmortales, no debo extenderme aquí apoyando su aserto y repitiendo lo que yo mismo he dicho tantas veces en otros escritos. Sólo expondré, en resúmen, que no hay nada más falso que el supuesto *positivismo* de nuestra edad; edad en que la cuestión religiosa agita hondamente las conciencias humanas; edad de prodigiosos metafísicos y de egregios poetas.

El arte no puede recelar que ha de morir á manos del saber. La ciencia ha metodizado y reducido á sistema todos los conocimientos; pero más allá queda siempre un infinito desconocido, por donde vuela y campea la imaginación, libre de todo yugo. Hay, por último, pasiones



y ensueños y sentimientos, que la ciencia no podrá nunca entibiar, ni borrar, ni secar; y aunque sean las facultades humanas, que sirven para el arte, otras de las que sirven para la ciencia, no están en oposicion, y no menguan y decaen las unas al compas que las otras crecen y se encumbran, sino que sin detrimento se desarrollan todas con el progreso y desarrollo de la civilizacion y de toda virtud y energía del humano linaje.

Verdad es que la escultura de lo venidero no creará un tipo más ideal de hermosura varonil que el Apolo de Belvedere, ni una mujer más hermosa que la Vénus de Milo; ni tal vez la arquitectura imaginará nada más bello que el Partenon, ni nada más sublime que una catedral gótica; ni tal vez invente la pintura un rostro más divino que el de las vírgenes de Rafael; pero en la música y en la poesía lírica, donde se cifran y compendian todas las celestes aspiraciones de la humanidad, caben sin duda progreso y mejora, conforme nuestras almas se vayan levantando á superiores esferas y descubriendo más vastos horizontes, por donde tender la mirada y por donde enderezar la voluntad, sedientas ambas de lo infinito.

Por esto la música y la poesía lírica florecen como nunca en la edad presente. Respecto á la música, es tan clara esta verdad, que no hay que demostrarla. Y de la excelencia de la poesía dan testimonio Byron, Moore, Shelley, Tenison, Wordsworth y tantos otros, en Inglaterra; Chenier, Hugo, Lamartine, Musset y Béranger, en Francia; en Alemania, Schiller, Goethe y Heine; y en Italia, Parini, Monti, Foscolo, Leopardi y Manzoni; los cuales se adelantan, en la forma y en la idea, á la

mayor parte de los poetas líricos, que hubo en los siglos pasados, en sus respectivos países.

El arte vive, pues, y no acabará nunca mientras la humanidad no acabe. Lo que hace es romper las formas antiguas para revestir nuevas formas; lo que hace es recobrar su libertad para vivir soñando y adivinando, más allá de adonde alcanza la ciencia, las futuras y recónditas verdades ó las bellas y sublimes ilusiones que han de servir á los hombres de guía ó de consuelo.

Y aquí, Señores, será bien que yo ponga término á mi desaliñado discurso, sin distraer por más tiempo la atención del recuerdo agradable que el del Sr. Cánovas ha de haber dejado en vuestras almas; el cual discurso creo que bastaría sólo, aunque no hubiese otros motivos, á que os felicitárais, como me felicito yo sinceramente, de tener á su autor por compañero.
